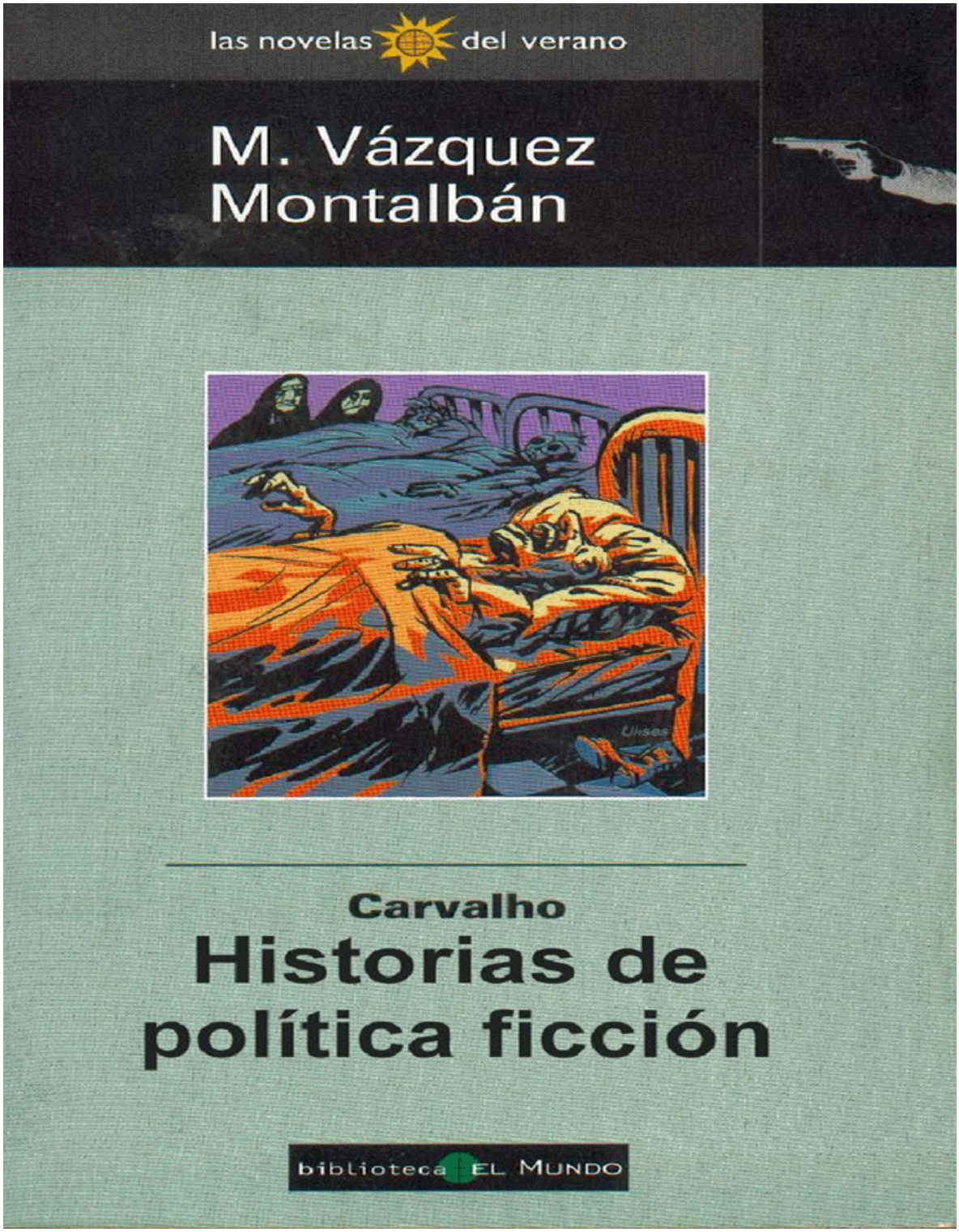
Carvalho

Historias de política ficción

Manuel Vázquez Montalbán



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

LA GUERRA CIVIL

NO HA TERMINADO

No es el frío el que le envara sino una antigua historia que se está contando a sí mismo. Pero diríase que es un poste negro y aguileño contra el horizonte, indiferente del marco que le rodea, un poste ensimismado y lleno de tormentas secretas. El viejo permanece con los ojos fijos en sus propios recuerdos y los cierra para mejor digerir una vaharada de miedo que le sube desde el estómago hasta los labios. ¿Miedo a qué? ¿A morir? Pues sí, coño, ¿por qué no? ¿Por qué no puedo tener yo miedo a morir?

-Desde la infancia te lavan el cerebro para extirparte el miedo a morir. Que es un hecho de vida, dicen. La muerte es un hecho de vida. La madre que les parió. Estafadores. Miserables.

Pero ¿quiénes eran los estafadores y miserables? Un conjunto de otros en el que se integraban maestros, curas, escritores, sus propios padres, aunque sólo al recordarlos ya se le enternecían los ojos y el trasiego de saliva compensaba milagrosamente la tentación de las lágrimas.

-He de salir de aquí.

Lo repitió hasta tres veces y los alejados testigos de su soliloquio ni caso le hicieron, sabedores de la frecuencia de sus apartes y reflexiones habladas.

-Antes de que me saquen con los pies por delante. Ahora que aún puedo moverme. Ahora que aún estoy a tiempo. Pero quizá antes deba cumplir lo que he de cumplir. Deba pasar lo que tiene que pasar.

La voluntad no existe. Era una de sus más antiguas sospechas. A lo largo de su vida la veía constantemente sustituida por la presión de lo lógico y lo fatal sabiamente combinados. Lo fatal como presión exterior, de los otros y de la sociedad. Lo lógico como un patético esfuerzo personal para no ser arrollado por la fatalidad.

-La suerte está echada.

Y se estremece, tal vez porque hace frío, y contribuye a aumentar la sensación de frío el esqueleto nervado de los árboles hibernantes y los vapores que salen de las bocas de los viejecillos, abufandados ellos, entoquilladas ellas, deambulando sobre la grava del jardín o sentados en los bancos. Entre toses y conversaciones mañaneras se abre paso la sensación colectiva de que hay que guardar silencio por algo. Un viejo erguido, sin bufanda, encorbatado, con el paraguas en una mano y el otro brazo pegado a la espalda, avanza por el pasillo de silencio, perseguido por algún comentario, miradas irónicas. Suena una campana y varias monjas aparecen en el patio instando a los ancianos a que vayan al comedor. Una monja joven corre para alcanzar al viejo envarado.

-Don Gonzalo, también usted ha de ir al comedor.

El viejo se vuelve y la contempla displicente.

-Veo que es imposible escapar a un comportamiento gregario. Aquí todo va a golpe de pito.

-De campana, don Gonzalo, venga, no sea usted malo y venga al comedor. Luego se queja de que los demás le hagan el vacío. Es usted muy malo y muy díscolo.

-Yo no me quejo de que me hagan el vacío. Me quejo de tener por compañeros a cabestros y mujerucas. Es algo más fuerte que yo. La sola idea de sentarme en el comedor con esa pandilla de mediocres me altera.

-Jesús, qué orgulloso es usted. Dios le castigará. Dios castiga el pecado de orgullo.

-No me venga con cuentos de miedo, hermana. Bastantes problemas tiene Dios con el papa que le ha salido para que esté pendiente de lo que hago yo.

-Jesús, mire, no le he oído. Ya empieza usted a blasfemar, demonio, que es usted un demonio.

Se encoge de hombros el caballero y acepta volver al comedor. A su entrada se repiten las miradas y los comentarios distanciadores. Don Gonzalo se sienta en un banco y procura colocar los brazos de tal manera que no roce con sus compañeros de mesa. Reza una monja el ofrecimiento de la comida y mientras don Gonzalo recorre con la mirada uno por uno a los pobladores del comedor, una inmensa tristeza vela sus ojos y acaban por asomar dos lágrimas que no llegan a caer en el plato de sopa humeante. Pero se las reabsorbe o se las traga cuando se le vuelve a acercar la monja carcomida por el pensamiento maligno que el viejo le ha infiltrado en la sangre.

-Don Gonzalo, no me ha gustado nada lo que usted ha dicho del santo padre. ¿Qué tiene usted en contra de un hombre tan santo?

-Que eso no es un papa, hermana.

-Y si no es un papa, ¿qué es?

-Eso es un atleta. Basta verle cómo se tira por los aeropuertos besando el asfalto.

-Lo hace para demostrar su amor por todos los países y por todos los pueblos.

-Yodos los aeropuertos son iguales.

Y la monja se va a tiempo para no oírle refunfuñar.

-¡Payasos!

Sor Lucía no ha dormido bien y en parte se debe a un fragmento de sueño que recupera poco a poco al día siguiente. Ha visto al santo padre vestido de Superman volando sobre los cielos del asilo, y una vez posada el ave en tierra, al inclinarse a besar el suelo del patio, ha visto sor Lucía cómo don Gonzalo avanzaba hacia él con un garrote en la mano y tres monjas han sido necesarias para impedir la agresión. El santo padre bendecía desde una prudente distancia a su frustrado agresor, pero por la boca tanto del viejo como del papa salían insultos cada vez más escandalizadores. Decidió que no podía empezar el día en tal estado de espíritu y fue a contar a la superiora sus tribulaciones, no con ánimo de perjudicar al viejo, sino de liberarse de la responsabilidad de llevar enquistadas las blasfemas opiniones de don Gonzalo sobre su santidad.

-Hay que obrar con tacto, sor Lucía, pero con energía. No podemos castigar a nadie porque en su corazón o en su alma no haya penetrado la verdad revelada, pero sí podemos pedir el respeto para nuestras creencias.

-Son tan viejos, madre.

-Los viejos también ofenden a Dios y no tienen bula por serlo. Si coordina en todo lo demás, que coordine también en el respeto a los creyentes. La próxima vez que se exprese tan desconsiderada por no decir blasfemamente contra el santo padre, acuda usted a mí, me lo cuenta y yo ya le diré cuatro cosas al caballerete.

Remordimientos tenía sor Lucía después de esta conversación. No dudaba de la rectitud de la superiora, pero sí la temía, más aplicada sobre el pobre don Gonzalo que sobre sí misma. Al viejo lo veía como un pajarillo orgulloso pero frágil, expuesto al principal peligro de su propia vejez, al que ahora se sumaba la prepotencia blanca y alada de la madre superiora. Pero era regla de la casa sincerarse siempre con ella, el no guardar preocupación alguna en el buche, y en este sentido había obrado rectamente. Otra cosa era su relación con don Gonzalo, pero reprimió su mala conciencia pensando que al fin y al cabo quería la salvación de su alma y que a los pecadores casi siempre hay que salvarlos a su pesar, sobre todo a los que han renegado de toda idea de divinidad, porque en su enajenación ni siquiera admiten o saben que son pecadores. Ya lo había dicho muy claramente el padre Clemente: el peor pecador es el que no sabe que lo es, porque el pecador consciente de que lo es vive en la angustia del pecado y está en condiciones de encontrar el camino de Damasco. ¿Cómo sería Damasco? Seguro que Damasco se parecía a la ciudad que salía en una película que la había conmocionado hacía ya muchos años. *Aladino y la lámpara maravillosa.*

Suena la campana del refectorio y es la señal de que renace la actividad de aquel almacén de viejo. Agradece sor Lucía a los cielos la oportunidad que le han dado de serles útil un día más y va hacia el dormitorio colectivo con pasos alados de ángel drogado de felicidad. La monja ha abierto las puertas de par en par y hace sonar la campanilla en el dormitorio colectivo.

-Venga, venga, señores, a levantarse que hay que asearse y dar un paseíto.

Comentarios hoscos o semiadormilados de ancianos cabreados que contrastan con el tono cantarín de la monja.

-La madre que la parió.

-Que se asee su madre y que se pasee su padre.

-Ahora que estaba en el mejor sueño.

Pero los ancianos salen de la cama y emprenden cansinamente el camino al cuarto de aseo. Todos menos uno, y la personalidad del anciano disidente se adivina porque la monja pone cara de insatisfacción y de resignación al mismo tiempo.

-¡Don Gonzalo! ¡Será posible! Venga, hombre, que todo el mundo se ha levantado.

Pero don Gonzalo no hace caso, su cuerpo se adivina en una cama situada al final de la nave. Es tanta su aparente resistencia a la realidad de un nuevo día que oculta la cabeza bajo la almohada.

-Don Gonzalo. Que no tenga que repetírselo. Voy a tener que avisar a la superiora y ella llamará a sus sobrinos.

Por fin la monja se decide y va hacia la cama. Remueve suavemente el cuerpo.

-Don Gonzalo.

Vuelve a removerlo con más energía pero nota un abandono especial, el abandono de un cuerpo vacío de vida. Retira la mano, sobresaltada.

-Don Gonzalo, por Dios.

Levanta la almohada y se impone la realidad. El rostro violáceo, boquiabierto del hombre muerto aparece vuelto hacia la monja, que lanza un grito que reprime tarde con la mano, un instante antes de iniciar la carrera hacia las afueras de la muerte.

Cuando se está muerto en el asilo de las Hermanitas de los pobres, nombre popular y metafórico de la institución El Amparo de la Tercera Edad, es obligado el paso por una estrecha y alta sala embaldosada con azulejos amarillos, sin más luz que la que filtra un ventanuco de fortaleza amurallada. Todos los cadáveres se parecen. Las mismas mejillas chupadas. Esa voluntad de ser mascarillas escultóricas, con los volúmenes resaltados por toda clase de deshabitaciones. El médico ha terminado su examen y se lava las manos en un lavabo inmotivado que crece entre los azulejos como un objeto absurdo. O tal vez se hubiera situado allí precisamente para que los médicos se lavaran las manos después de manipular cadáveres. La hermana Lucía o reza o llora de pie junto a la puerta del pasillo, y desde el fondo avanza un rumor de faldas, la superiora al frente del estado mayor de la institución, las poderosas sor Teófila y sor Jesusa, secundadas por la constante sombra de sor Amparo, el cerebro financiero de El Amparo.

-¿Habrá muerto en pecado, madre? -le espeta sor Lucía a la superiora cuando llega a su altura, y la sorprende en otro pensamiento porque enarca las cejas y le devuelve una mirada de perplejidad y reconvención.

-¿De qué pecado me habla?

-Por lo que dijo del santo padre.

-Vamos a rezar por él y lo que sea sonará.

El médico saluda a las monjas, las elude y sale al jardín donde le espera un cura chutando piedrecillas.

-Es un caso bien extraño. Hasta que no haga la autopsia no tendré elementos más seguros, pero este hombre ha muerto asfixiado bajo la almohada. Es casi imposible que un hombre con su vigor no haya podido sacársela de encima y que ningún vecino de cama haya oído cómo forcejeaba con la almohada cuando estaba asfixiándose.

-Creerían que soñaba y, además, ya sabe usted que todo el mundo le tenía manía por su altanería.

-Llamen a sus parientes. ¿Tiene hijos?

-No. Unos sobrinos. Fueron los que le trajeron aquí.

-Llámeles. La autopsia puede complicar las cosas.

-Sobre todo puede complicarlas para la institución. ¿Conoce ya la superiora sus sospechas?

-Lógicamente. Ha sido la primera en conocerlas.

-¿Qué ha dicho?

-Pues mire usted, me ha dicho algo que me ha sorprendido. Me ha preguntado si la autopsia era inevitable.

-Tal vez le horrorice el destrozo del cadáver.

-No creo que fuera por ahí su horror. Más bien le preocupaba lo que pueda venir después. La conozco bastante bien y tiene por norma complicarse mínimamente la vida. Yo no firmo esta defunción como natural, compréndalo. Nadie en las condiciones físicas de ese viejo se moriría asfixiado por la presión natural de una almohada. En cualquier caso, ya conoce al forense. No ve tres en un burro y si le presionan mínimamente firmará que se ha muerto del sarampión.

-La verdad es la verdad.

-Hay verdades necesarias y verdades innecesarias. Yo soy un técnico y un técnico responsable. Yo no firmo esa defunción sin autopsia. Tampoco haré un informe suspicaz. Me limito a pasarle el expediente al forense. Que cada palo aguante su velo.

¿Y cuál es mi vela? El cura pensó que lo mejor era dejar pasar los hechos, ya tan inmediatos como inevitables, y durante unos días merodeó por el convento entre asistencias espirituales, misas, novenas y adoraciones, con un ojo puesto en su trabajo y otro en el contexto de idas y venidas de palabras y personas. La guardia civil. Una pareja de policías de paisano de Ciudad Real. El secretario del juzgado. Pero no los sobrinos. Los familiares de don Gonzalo no aparecieron y toda la vida del asilo se instaló en el territorio de nada y de nadie de la ambigüedad y del aplazamiento. Los viejos se volvieron más silenciosos, las monjas más histéricas y la cama de don Gonzalo permaneció vacía hasta que llegó un nuevo asilado de Torrelodones: un ex arriero sanguíneo y hemipléjico que se dejó caer en ella con pocas ganas de levantarse en lo que le quedara de estancia. Sor Lucía recogió las cuatro cosas de don Gonzalo y tras consultar con la superiora se las pasó al señor cura por si quería examinarlas, pues podían contener secretos humanos que un hombre podría entender mucho mejor que aquel coro de mujeres supuestamente arcangélicas.

El cura se ha quitado el *clergyman* y está en mangas de camisa en la cocina de su casa. Se deja caer en un sofá y contempla la caja de cartón que hay sobre la mesilla de centro. Suspira y coge la caja, la pone sobre sus rodillas, musita en voz alta:

-Todo lo que queda de Gonzalo Céspedes.

Trastos de afeitar, una fotografía antigua de una mujer joven y de un niño que cuelga de su mano, una muda de ropa interior, un jersey viejo y grueso, unas gafas rotas y una gruesa libreta de tapas rojas que el cura acaricia y finalmente se decide a abrir para leer en primera página:

«Memorias de guerra y de paz de Gonzalo Céspedes Iturrioz, comandante de las milicias populares de la Segunda República Española.»

El cura se siente atraído por lo que tiene entre manos y comienza la lectura.

«De creer a mi buen amigo, Manuel Azaña, España había dejado de ser católica...»

Continúa la lectura, primero desganadamente, pero lentamente el interés aumenta, las hojas van pasando y con ellas las horas en el reloj. Una historia más de guerra que de paz, que empieza insospechadamente en un seminario de Valladolid donde una vocación religiosa tenebrista iba a fracasar traumatizada por el sol de los deseos de un hombre que dejaba de ser adolescente y descubría casi al mismo tiempo la sexualidad y la política. La proclamación de la República, el cambio de la sotana por la pistola en grupos de acción anarquista, la incomprensión de una familia de latifundistas ricos, las putas con permanente avinagrada de Valladolid, el amor por una joven pedagoga ácrata y el descubrimiento de la fraternidad revolucionaria que podía llegar a aniquilar el propio yo:

«... fue tanta la amistad que contrajimos, tan sagrada por el vínculo que crea el peligro y la sangre, que decidimos llamarnos hermanos, al menos los cinco camaradas más íntimos, y puesto que uno, sin duda el más inteligente o formado, se hacía llamar Mozart porque había querido ser músico y admiraba al divino monstruo, todos nos llamábamos Mozart: Mozart, uno, Mozart dos, Mozart tres, Mozart cuatro y Mozart cinco. Yo era Mozart tres, puesto que el uno le correspondía al padre de la criatura y los restantes números nos los repartimos según orden de rigurosa antigüedad en la peña. Mi compañera asistía a nuestros juegos comprensiva, porque eran años de generosidad y comprensión, como nunca más volverán a vivirse en esta España de chaqueteros. No era nuestro ni un pedazo de pan. Si alguien decía «esto es mío», sobre él caía la condena fulminante de todos los demás. ¿Inocencia de juventud o instinto de historia? Años, muchos años después, aún no sabría contestar suficientemente esta cuestión. Indudablemente, las cosas se ven de muy distinta manera a los setenta años que a los veinte, pero ¿cuándo hay más certeza? o, mejor dicho, ¿cuándo son más verdad? Si todos comulgaran con aquel nuestro credo de juventud, la justicia sería cosa de este mundo y ésa ha sido la aspiración secreta de la humanidad hasta que llegó la corrupción del neocapitalismo, comprando conciencias a cambio de la promesa del becerro de oro...»

Páginas y páginas que van aireando y cansando las pupilas del señor cura y le derrumban sobre el sofá con todas las luces encendidas, la libreta en lento desliz hacia el suelo, para reposar junto a la caja llena con tan escasos bienes. Y cuando clarea, despierta el cura, se hace cargo de su situación, de la caja, de la libreta y se precipita sobre ella en busca de una página determinada, de un párrafo determinado.

«... ¿en qué momento supe que más tarde o más temprano mis propios hermanos me matarían...?»

Y a partir de ahí, hojas arrancadas y una expresión de duda y aprehensión en el rostro del cura.

-Tengo un amigo cura, Biscuter.

-Usted tiene de todo, jefe.

-Cuando le conocí no era cura. Es curioso, a veces hago balance de los conocidos que he tenido o tengo y se dividen en dos grandes clases: rojos y chorizos. A los primeros, los conocí en mi juventud, y a los segundos, durante mi vida profesional.

-Y el cura ése ¿a qué grupo pertenece?

-A los primeros. La suya fue una vocación tardía. Era uno de aquellos cristianos marxistas de los que decíamos que una de dos, o cada vez eran más cristianos y menos marxistas o más marxistas y menos cristianos. Éste tuvo la primera evolución. Se le murió su compañera de cáncer y se metió cura.

-La tristeza lleva a esas cosas, jefe. Un tío mío que era lampista también se metió a fraile porque su mujer se murió de un mal malo. Recuerdo que una vez mi madre me llevó al convento para verle. Estaba cavando la tierra, y cuando oyó que mi madre le llamaba, levantó la cabeza, así, como yo lo hago, y nos miró con una sonrisa. Una cara, jefe. Yo nunca más he vuelto a ver una cara como aquélla. ¡Qué paz! ¡Qué serenidad! Yo no creo en los curas ni en los santos, jefe, pero creo en algo. No sé en qué, pero en algo. ¿Y usted?

-A mí no me líes. Procura aclararte. A ver qué día descubres qué es ese algo en lo que crees.

Biscuter se fue a la cocinilla entre discursos sobre la causa última del universo y apostillas sobre un arroz con alcachofas que estaba preparando. Un sofrito, mucha alcachofa, azafrán y pimiento morrón y nada más. No tiene la cuenta muy boyante que digamos. No sé para qué ahorra tanto, jefe. Un día de éstos la palmará y todo lo que tiene se lo van a comer los gusanos. Carvalho se entretenía recordando a su antiguo amigo, el cristiano testimonialista que encabezaba las manifestaciones creyéndose protegido por la coraza de su fe y recibía más porrazos de la policía que todos los demás manifestantes juntos. Su llamada telefónica le había llegado de un país que mejor se llamaría olvido que recuerdo. Incluso tardó en recomponer sus rasgos al final de un túnel del tiempo excavado en treinta años de distancia. A la orilla del teléfono una historia de guerra civil y de muerte: un anciano que llevaba su memoria guerrera consigo y que había muerto sospechosamente.

-Hay aspectos concretos muy prolijos que no podría referirte por teléfono. Te hago un encargo profesional. ¿Puedes venir?

-¿Dónde está eso?

-Alamar está en la provincia de Ciudad Real.

-Me aburre La Mancha.

-Siempre serás el mismo. Eres capaz de sacrificar una amistad por una frase brillante.

Pero no estuvo dispuesto a sacrificar una amistad o no se trataba de amistad sino de curiosidad. Cambiar el horizonte de las Ramblas, de los guisos de Biscuter, de su casa en Vallvidrera, de la cada vez más laboriosa tarea de seleccionar un libro para la hoguera, por un viaje, le excitó durante un breve tiempo. El suficiente como para tener ya cuatrocientos kilómetros por detrás y trescientos por delante. La primera duda le asaltó cuando comió en un parador de carretera unas lentejas con chorizo. El sólido alimento le clavó en la silla y en la duda. ¿Qué se me ha perdido a mí en ese asunto sacro-agrario? ¿Qué dinero le voy a sacar a un asunto sacro-agrario? Los impulsos me perderán. Y este pensamiento acrecentado en los trescientos kilómetros restantes se le acentuó cuando metió el coche en la plaza Mayor de Alamar, porticada, naturalmente, como toda plaza mayor manchega que se precie y con todos los tópicos de color, volumen y textura de la recia austeridad manchega y demás filosofías con las que la España del interior se defendía de la invasión de los bárbaros de la periferia por el procedimiento de invadirlos ella preventivamente. Menos mal que el queso será bueno y el cordero. Pero no había cordero para cenar y el queso era un manchego tan industrial que parecía elaborado con los excedentes de la cosecha de patatas de aquel año, al parecer excelente. El cura le había preparado una cena frugal de acelgas rehogadas con tocino y una pescadilla en el imbécil trance de morderse la cola.

-Me cocina una mujer del pueblo. No está mal. Yo como cualquier cosa.

-Tú eres de esos que comen para vivir y no viven para comer.

-Tú lo has dicho.

-Conozco el paño.

Victorino había envejecido con una cierta dignidad, con más dignidad que Carvalho, reconoció éste luego en el espejo que con una palangana y un aguamanil conformaba todo el cuarto de baño privado a su disposición. Pero eso fue ya tarde, después de haber compensado con un buen Cerdán la cena vulgar, aunque regada con un excelente manchego de los que los lugareños aún regalan a los curas para cicatrizarles las heridas del espíritu.

-Desde que sucedió no me lo quito de la cabeza. Y las monjas...

Monjas. Monjas. Por si faltaba algo. Queso de patata y monjas.

-¿Y las monjas qué dicen?

-Las monjas están desorientadas, pobres mujeres, es lo más serio que les ha pasado desde que les cambiaron el uniforme y les acortaron las faldas.

Carvalho contempla con una cierta sorna al cura.

-Te aseguro que es la primera vez que tengo un cura como cliente.

-Y es la primera vez que yo hablo de tú a tú a un detective privado.

-Para mí es como ir a misa, y no voy desde mil novecientos cincuenta y tres.

-Para mí es como ir al cine.

-¿Cómo se te ocurrió hacerte cura?

-¿Y a ti detective privado?

-Algo de cura ya tenías cuando coincidimos en la universidad y en el partido.

-Probablemente. Lo cierto es que quise ser un cura especialista. Si no hubiera podido conseguir un destino recoleto como el de párroco de una aldehuela y capellán de un recoleto asilo de ancianos, habría dejado de ser cura. Me gustan los rincones y las causas agonizantes.

-Feliz tú que sabes lo que te gusta. Un caso raro el del viejo.

Carvalho hojea la libreta roja, la cierra y la lanza sobre el tablero de la mesa del despacho.

-Las monjas están dispuestas a pagarte.

-La policía ¿qué dice?

-El informe del forense es ambiguo. Habla de un posible fallo cardíaco que provocó el desmayo y permitió la asfixia. El orden de los factores altera el producto, en este caso. Porque hubo asfixia y paro cardíaco y don Gonzalo acostumbraba dormir con la cabeza cubierta por la almohada. Después hay una serie de factores complementarios difíciles de explicar. En el asilo hay un clima de terror o de opresión. Lo cierto es que dos o tres viejos han intentado fugarse, como si tuvieran miedo o aprehensión.

-¿Y la familia de don Gonzalo?

-Otro factor de misterio. Al asilo le trajeron unos sobrinos y dejaron unas direcciones de Santander que se han comprobado como falsas. En cambio don Gonzalo les escribía, según relatan las monjas.

-¿A las direcciones falsas?

-No se sabe. Aprovechaba las escasas bajadas al pueblo para tirar las cartas.

-¿No hay ni un cartero de pueblo que no mire adónde escriben sus vecinos?

-Entregaba las cartas directamente en el buzón del tren correo. Para tu voracidad de detective sólo puedo darte una pista. Siempre utilizaba sobres de correo aéreo, de lo que deduzco que probablemente escribía al extranjero.

-Pero bueno, este hombre debía estar empadronado en algún lugar, debe saberse si era viudo o casado, si tenía hijos o no, debía percibir una pensión, debe tener una ficha en la Seguridad Social, carnet de identidad.

-Te lo resumo en pocas palabras: carnet de identidad falso, el número corresponde al carnet de un viajante español fallecido en México. Documentación desaparecida del Registro Civil del lugar donde al parecer nació, un pueblo con los archivos quemados durante la guerra civil. El lugar del nacimiento de las memorias puede ser falso. No consta como trabajador en España al menos desde los primeros censos laborales hechos después de la guerra. Fíjate en las memorias. Tienen una gran firmeza hasta la guerra y empiezan a ser confusas a partir del momento en que se va a cumplir esa misión en un pueblo de Cartagena. No son memorias redactadas entonces, sino *a posteriori*, y a partir de ese momento hay como un deseo de ocultación, de dar los hechos en clave, empieza a utilizar iniciales para hablar de personas concretas y hasta la letra es diferente, es la letra de un hombre alterado.

-Insisto. La policía ¿qué dice?

-El informe del forense cubre cualquier posible interpretación oficial. Si ningún pariente reclama ¿qué interés puede tener la suerte de un viejo maniático, cascarrabias?

-Los casos idiotas me abren el apetito.

-Podemos ir a comer a casa. No sé qué habrá dejado mi ama.

-Lo siento por el talento culinario de tu cocinera, pero prefiero invitarte a comer algo decente.

-¿No te gustó el menú de ayer noche?

-He cambiado mucho últimamente. Ya no tengo un paladar frugal, sino más bien todo lo contrario. Hay dos cosas que aborrezco sobre cualquier otra: los huevos duros y las pescadillas que se muerden la cola.

-Bien. Yo no siempre como tan frugalmente. A veces voy a comer al convento, donde guisan bastante bien.

-La pescadilla, para los compañeros de la época heroica, y los banquetes, con las monjas.

Cada cosa tiene su tiempo.

La guerra civil. A medida que Carvalho iba leyendo páginas y páginas del testimonio de Gonzalo Céspedes o como se llamara, se veía obligado a tener en cuenta que para muchos españoles la guerra civil aún no había terminado. Estaba viva en aquellas páginas de memoria reelaborada, y a esta reelaboración se debía la mirada risueña que de vez en cuando el relator dedicaba, más que a las pericias de la guerra, a la circunstancia de su propia juventud. Y sobre todo aquellos lazos estrechos con los Mozarts, una colección completa de hermanos más que camaradas, sin nombres ni apellidos, descritos según los rasgos de un retrato idealizado aunque agridulce. ¿La guerra civil? Se preguntó o le preguntó a la superiora durante la primera audiencia. ¿Usted cree que la guerra civil tiene algo que ver con este embrollo? Estas memorias es lo único que caracteriza a un hombre que sigue siendo un enigma.

-Quizá era todo su equipaje.

-Muchos bienes terrenales no tenía, aunque los que le acompañaron dejaron una buena dote que estaba prácticamente agotada por los gastos que él había generado.

-De haberse agotado sin una reposición, ¿qué habrían hecho con él?

-Hubiera continuado en la residencia. Es norma del patronato no expulsar a nadie porque deje de pagar; ahora bien, en el momento de ingresar siempre se pide que aporte algo, de lo contrario esto sería insostenible.

«Contemplo la nueva realidad española después de tan larga ausencia y creo vivir entre un pueblo de amnésicos. Nadie quiere recordar la guerra. Los unos porque tienen mala conciencia por cómo la ganaron y cómo administraron la victoria. Los otros porque aún llevan en la sangre el miedo del vencido...»

No razonaba mal el viejo.

-Tiene usted libertad de movimientos por el pabellón de hombres. Si quiere pasar al de mujeres ha de solicitarlo.

-¿Había relaciones entre un pabellón y otro?

-No regularmente. Algunos días festivos. Tampoco podíamos impedirles que se vieran y hablaran cuando paseaban extramuros o por el pueblo. Pero aquí no ha habido lugar a habladurías, como en otras residencias. Tal vez porque las mujeres nos llegan, pobrecitas, muy atropelladas.

-¿Más que los hombres?

-En la regla de la casa se dice que el pabellón de mujeres sólo aceptará a personas que difícilmente puedan valerse por sí mismas. Es más una residencia para enfermas irrecuperables que una residencia de la tercera edad.

La antesala del cementerio. Una antesala llena de soledades. No es que quiera adelantar acontecimientos, señora, pero tengo cincuenta años y he de empezar a pensar en los últimos diez años de mi vida. ¿Conoce usted bien todos los tipos de residencias para viejos que hay en España? La superiora le examina recelosamente por si hubiera algún deje de burla en su rostro, ya que no en sus palabras.

-¿No tiene familia?

-No. Ni siquiera un gato.

-Hay de todo. Desde lo más miserable, para pobrecilios que no tienen dónde caerse muertos, hasta residencias con apartamentos individuales, calefacción, asistenta, enfermera.

-Éste es el que me gustaría a mí, ¿sale muy caro?

El cura se remueve, inquieto, en el sillón y lanza miradas de aviso a Carvalho. Respira, aliviado, cuando la superiora da por terminada la información y se aleja envuelta en el fru-fru de sus faldas y sus enaguas ocultas.

-¿Te querías quedar con ella?

-No. Eran preguntas interesadas. Tú, como eres cura, dispones de residencias para curas que están para el arrastre, pero yo soy un civil.

-¿Y ahora te preocupas de la vejez?

-Siempre me preocupé de la vejez. De la muerte, no. De la vejez, sí.

-Eres un materialista consecuente.

-Huelo a una comida mejor que la tuya.

Siguió a su amigo hasta el comedor general donde les habían dispuesto una mesa para dos a una hora de distancia de la comida general de las monjas. Humeaban unos olorosos fideos guisados y Carvalho robó un puñado de aroma con una mano que se llevó a la nariz.

-Por el olor ya prometen.

Había algo en su conducta que no encajaba con la imagen que el cura guardaba en el recuerdo. Se sentía estudiado por su ex compañero, como si estuviera dudando continuamente del sentido de su conducta.

-Ya te dije que guisaban bien.

Carvalho cabecea asintiendo ante el plato de fideos sobre el que se afana.

-Unos fideos a la cazuela sólidos e imaginativos. He de pedir la receta, aunque creo que la clave está en el empleo de la butifarra negra.

-Si tú lo dices.

Una monja retira los platos situados ante los dos únicos hombres comensales en la larga mesa del comedor monacal. Vuelve con una fuente, el cura levanta la cabeza y se extasía ante el olor que emana de la bandeja.

-C*rêpes* de pies de cerdo al alioli, una maravilla, Carvalho, te lo juro.

Carvalho mira con un cierto respeto a la monja joven que les sirve.

-¿Lo ha guisado usted, hermana?

La monja se ruboriza y rehúye la mirada de Carvalho.

-¿Yo? Qué va. Lo ha hecho la hermana Salvadora, que tiene unas manos, madre mía, qué manos.

-Felicite al *chef*.

Dice Carvalho provocando una cierta perplejidad en la monja.

-Felicite a la hermana Salvadora -corrige el cura, y la monja se retira dejando un rastro de trozos de risa.

-Era tan tieso, tan tieso que se olvidó de respirar. Es broma, joven. Pero podría ser una explicación. De tan estirado que era parecía un jugador de ésos de baloncesto que salen por la tele. Te miraba por encima del hombro, aunque le superaras en un palmo. No me gustaba nada, y si pregunta a los demás le dirán lo mismo. Ése no daba ni los buenos días. Para mí que era un hijo de marqués al que habían abandonado en un cesto en la puerta de este asilo de mierda.

-¿No le gusta a usted esta residencia?

-¿Residencia? ¿Está usted de broma? Esto es un asilo.

-¿Y las monjas?

-¿Es usted de su familia? ¿No? Es que he visto que comía con el cura en el comedor. Pues si no es de la familia y sin ánimo de ofender a nadie, la mejor de las monjas es un pendón y la peor, pues hace de mi nuera una santa, y tengo por nuera a una mala bestia que ni me deja ver a mis nietos, ni nada.

-No le haga usted caso, que nos tratan bien.

-A usted le tratarán bien porque es un meapilas y se pasa el día dándose golpes de pecho. Mi padre, en paz descanse, me lo tenía dicho: no te fíes ni de un hombre que se da golpes de pecho, ni tampoco de aquel que cuando se pega pedos levanta polvo del suelo. Y perdone por el símil. Pero usted está de paso, se irá y nos dejará aquí. Si le preguntan qué le hemos dicho, dígales a esas zorras que las queremos mucho y que unas santas.

El cónclave de ancianos cabecea rechazando el protagonismo cáustico de un hombre alto y nervioso que habla tanto con el cuerpo como con la boca.

-Así que don Gonzalo era un estirado.

-Un orgulloso.

-Era un orgulloso, mucho -dice el viejecillo con boina, con las manos erosionadas apoyadas sobre el bastón.

-Mucho, mucho -corrobora el coro de viejecillos.

-Tenía mucho orgullo. Si tienes mucho, pa ti. Aquí todos tenemos lo mismo y en cantidades parecidas. Vejez, es lo que tenemos.

-Eso es -corrobora el coro.

-No era de los nuestros -sentencia el viejo protagonista.

-¿Qué quiere decir con eso?

El hombre mastica el vacío de su boca y contempla a Carvalho con una cierta molestia.

-Joder, ¿tan difícil es de entender? Pues que tenía muchos humos. Como esos aristócratas arruinados, que van a menos y no saben digerirlo. Éste no es un lugar para aristócratas, sino para muertos de hambre, como nosotros.

-Esto es -insiste el coro.

-Porque nosotros somos la ilustración misma, ¿me entiende usted, caballero? La ilustración misma de que un padre puede alimentar y cuidar a doce hijos y en cambio doce hijos no pueden darle a un padre ni una habitación para que se muera bajo el techo de la familia.

-Buena verdad es ésa.

El coro parece tenerlo bien ensayado y Carvalho se despide con un gesto y prosigue su paseo por el jardín. Se sienta en un banco, saca del bolsillo la libreta roja y comienza a leerla, pero con el rabillo del ojo observa las reacciones que ha provocado la aparición de la libreta. Carvalho archiva dos flashes mentales, dos viejos aislados que dirigen una parecida mirada de atención a la provocación de la libreta. Luego se entrega a la lectura y de las páginas parece salir la evocación misma de la juventud de don Gonzalo.

«Estando en el frente de Teruel fui requerido por el mando de la división para cumplir una misión especial en Cartagena. La prensa internacional se había hecho eco de una matanza de prisioneros rebeldes a cargo de un piquete de milicianos, sin ningún mandamiento judicial, y en torno al hecho había una conspiración de silencio. El comandante me dijo:

»-Usted, Gonzalo, es un hombre de confianza que sabrá llegar al centro del meollo. Disponemos de pocos comisarios políticos tan capaces y de fiar como usted. Le han nombrado investigador especial del caso.

»Yo lo consulté aquella noche con los hermanos. A ellos ya les había llegado el rumor y me dijeron que era una cuestión capital dejar bien limpia la reputación de la República. Mozart uno me aseguró que tendría respaldo y que fuera al fondo del asunto sin respetar ninguna autoridad local.

»-Hay un clima de derrotismo que lo encubre todo. »Salí para Cartagena y Mozart uno vino a despedirme en compañía de Mozart dos y Mozart cinco.

»-Podemos consentir que te hagan fracasar, pero no que te arrugues.

»Fue una manera de mirarme o de hablar, pero lo cierto es que *desde aquel momento supe que mis propios hermanos me matarían...*

Carvalho se imagina las idas y venidas del joven, arrogante comisario, interrogando con altanería a jefes políticos y oficiales, pero una sensación de oculto fracaso se deriva de la lectura de los párrafos siguientes.

«Los muertos estaban en el hoyo y los vivos en el bollo. Nada había que hacer. Me embarqué en Altea en un pesquero y no paré hasta Argelia. Tenía ganas de marcharme de aquella casa de locos a la que llamábamos España.»

La madre superiora, flanqueada por dos monjas, escucha las explicaciones de Carvalho y sobre todo su pregunta final, que apenas conmueve el hieratismo de su rostro.

-¿Usted no ha detectado últimamente algo raro, cualquier detalle, por pequeño que sea?

-Estamos rodeados, cada día, de detalles raros, pequeños y grandes. Estamos rodeados de ancianos, muchos de ellos con arteriosclerosis avanzada. Lo raro sería que no tuvieran detalles raros.

Una de las monjas empieza a intervenir, pero se contiene.

-Madre superiora, yo...

-Continúe, sor Susana.

-En fin, es un detalle sin importancia, pero recuerde lo del papelito.

-¿Qué papelito? Explíquelo en voz alta, sor Susana.

La monja adquiere el valor suficiente para intervenir.

-La hermana Celia, la de la limpieza, encontró un papelito mientras barría en el dormitorio general. Normalmente revisamos bien estos papeles porque a veces son mensajes que los viejos quieren pasar al pabellón de mujeres o al revés... en fin... ya me entiende.

El rubor ha paralizado la capacidad oratoria de la monja.

-Siga, hermana.

La orden de la superiora ha sonado tajante.

-En fin, encontramos muchas cosas escritas que están muy claras. Pero un día en un papel ponía: «Nos veremos en Praga». No sé si puede servir de algo.

-¿Praga?

Los ojos de la superiora, de Carvalho, del cura mantienen la misma interrogación.

-Aparentemente es una clave -comenta Carvalho.

-También puede ser el título de un libro -interviene el cura.

-Pocos libros circulan por aquí -comenta la superiora-. Normalmente es gente poco dada a la lectura y los que quieren leer ya cuentan con los libros de nuestra biblioteca. La hermana Consuelo es la bibliotecaria. ¿Le suena este título?

-Ni hablar -corta precipitadamente la monja hasta ahora silenciosa, como si el título le oliera a azufre-. Aquí no entra ni un libro comunista -ratifica su prevención y añade a título informativo-: Y Praga es la capital de un país comunista.

-No siempre ha sido la capital de un país comunista.

-Pero ahora lo es, y si lo es, por algo será, digo yo, y perdone, reverenda madre, que tome la voz cantante. Pero yo me digo, Madrid, un libro sobre Madrid, pues bien, porque Madrid no es la capital de un país comunista. ¿Por qué Madrid no es la capital de un país comunista? ¿Por qué Madrid no es la capital de un país comunista? Dígame usted.

-Queda lejos de los tanques soviéticos.

-Porque aquí los comunistas perdieron la guerra. El dedo de Dios pudo más que el dedo del diablo. En cambio, en Praga sí ganaron los comunistas.

Dejó Carvalho a la bibliotecaria con su ciencia y buscó amparo lógico en la mirada serena de la superiora. Era como un rey Borbón francés gordo aunque con aspecto inteligente y le gustaba leer en las miradas ajenas que se respetaba su entidad.

-No entiendo el galimatías ése de la cita. La verdad es que no entiendo nada. Dios nos ha enviado esta prueba y hay que aceptarla, pero la próxima vez le rogaré que sea más duro pero más fácil.

Carvalho esperó a salir del despacho acompañado por el sacerdote para echarse a reír y provocar la perplejidad de su compañero.

-Me río porque la historia no pasa en balde. Hoy día hasta las monjas le piden a Dios que les envíe pruebas facilitas. La raza degenera. Oye, ¿tú te crees todo eso?

-¿Te refieres a la religión, a Dios, a las monjas?

-Claro.

-No me lo replanteo. Creí en un momento y desde hace veinte años o más actúo como si siguiera creyendo. Es mi problema.

-El país parece conmovido por una serie de problemas de decisión que afectan no sólo a los gobernantes, sino también a la ciudadanía, por ejemplo el tema del referéndum sobre la permanencia o no en la OTAN. Tanto los partidarios como los contrarios reclaman la exclusiva de la ética. Para los partidarios, seguir en la OTAN es lo más ético, porque coincide con la eticidad del Estado, es decir, con el bien común que defiende el Estado según sus propias razones. En cambio los contrarios, entre los que me cuento, decimos que no. Que hay que reclamar una ética referente más esencial: no se pueden perseguir objetivos de paz mediante instrumentos bélicos, objetivamente belicistas.

-Profesor Aranguren, ¿a qué se debe el que ustedes, los intelectuales, hayan sido convocados a pronunciarse en uno u otro sentido? A *priori* parece que tiene más sentido lo que dice una persona ilustrada que no una persona común, pero...

-La palabra masoquista proviene de Masoch, el autor de *La Venus de las pieles*, una ingenua novelita sobre el placer mediante la represión moral y física, que parece un cuento para monjas en estos tiempos en que los periódicos hacen publicidad del beso negro, el griego, el francés. ¿No es verdad, Beatriz?

-No estaría yo tan de acuerdo con José Luis García Berlanga sobre la inocencia de la novelita en cuestión. Hay que juzgarla en relación con la moral de la época en que fue escrita.

-Claro, eso sí. En eso tienes razón. Es como si ahora nos dijeran que han secuestrado *Fortunata y Jacinta* porque hace la apología del adúltero.

De emisora de radio en emisora de radio, Carvalho conduce su coche de regreso a Barcelona. Ha conectado la radio y picotea programas en busca de una resultante absurda. A ratos escucha, a ratos se concentra en la conducción, a ratos musita:

-Nos veremos en Praga.

«Después de escuchar las claridades que nos ha dicho el profesor López Aranguren, vamos a conectar con el otro lado del Atlántico, vamos a hablar con uno de esos españoles que emigraron, pero que siguen conservando a España en el corazón. México, amparo de tantos y tantos españoles que se fueron para labrarse un porvenir o para sobrevivir tras la barbarie de la guerra civil. Tasco, aquí Barcelona. ¿Don Ricardo Ardévol al aparato? ¿Dígame? Le oigo muy mal...»

Contesta don Ricardo Ardévol. Carvalho para atención en lo que sale del aparato de radio de su coche. Corta la transmisión radiofónica y diríase que una doble carga de pensamientos ha aumentado la gravedad de su rostro.

-Don Ricardo, ¿me oye bien? Sabemos que ustedes, los exiliados, siguen muy de cerca las cosas de España. ¿Está usted enterado de que va a haber un referéndum?

-Sí, señor. Estoy enterado. Sobre lo de la OTAN.

-Usted que fue un servidor del ejército de la República, ¿a quién daría la razón: a los partidarios o a los contrarios de la permanencia de España en la OTAN?

-Beatriz Pecker es mucho más joven que yo, como ustedes sabrán o habrán adivinado por la voz o por la información, la gente joven está más informada de estas cuestiones sexuales o eróticas. Nosotros nos vimos obligados a ser más fabuladores, más mitológicos.

-José Luis, no te quites medallas, que este consultorio erótico radiofónico sería imposible sin tu mucha ciencia.

-A lo que iba, Beatriz. Hay dos clases de masoquismos. Uno es el psicológico común, muy divulgado. Todos tenemos algo de masoquistas. Y otro es la conducta llamada aberrante, es decir, del que obtiene placer a través del mal trato o incluso del que liga la pulsión del goce amoroso con la misma muerte.

-Eros y Thanatos.

-Eso es. Amor y muerte.

-Don Ricardo, pero eso que ha dicho es muy grave o muy entrañable. Según cómo se mire. ¿Usted volvería a empuñar las armas por la causa de la República?

-Sí, en aquellas condiciones, sí. Pero no tengo nada que decir de este rey, ¿eh? Será un Borbón como su abuelo, pero no es tan taimado como Alfonso XIII.

No se había enterado Carvalho de lo que había opinado el viejo exiliado sobre la OTAN.

-Recuerda la escena final de *El imperio de los sentidos*, de Mishima. El máximo placer se obtiene mediante el estrangulamiento del amante.

-Pero quién siente el placer, ¿ella, la que lo estrangula, o él, el estrangulado?

-Habría que probarlo para poder contestar a esa pregunta.

-Biscuter, ¿qué harías tú para saber la identidad real de un muerto, sospechando al mismo tiempo que, además de nombre supuesto, su rostro no va a ser reconocido por ningún español sensato porque previsiblemente ha estado viviendo en México durante los últimos cuarenta años?

Biscuter ha fruncido el entrecejo concentrado en la pregunta mientras agita la coctelera.

-¿Me lo pregunta en serio, jefe?

-Sí.

-Pues publicar una foto del muerto en la prensa mexicana y esperar a que alguien que le conozca, algún familiar o algún amigo, reconozca la fotografía.

-Biscuter, has propuesto lo mismo que acabo de hacer. Espero que el piloto de Aeroméxico al que le he dado las fotografías no se estrelle y lleguen a su destino.

-No exagere, jefe. Si se estrella el avión, se perdería mucho más que las fotografías. ¿Ha estado usted en México?

-Sí.

-¿Es un país tan *fermo* como dicen?

-Es un país hermoso.

-Podía haberme enviado a mí con las fotografías. Yo nunca viajo, jefe. Me prometió enviarme a París a hacer un cursillo de cocina, a especializarme en sopas, y no me ha enviado.

-Necesito cobrar las tarifas de Nero Wolfe para enviarte a París, Biscuter. Pero en cuanto llegue algún caso de asesinato y mi cliente sea una agencia de viajes, te prometo que pediré que me paguen en especies y tú irás a París, Biscuter, te lo juro.

Biscuter no está muy convencido. Deja de agitar la coctelera, la destapa y deja caer con cuidado un chorrito de líquido en una copa de cóctel.

-Un gimlet, jefe, como en las películas.

Carvalho lo paladea.

-Te has pasado de jarabe de lima, Biscuter.

-Le añadiré más ginebra.

-Tampoco la ginebra es la adecuada. Parece demasiado dulce.

-No es mi día.

Carvalho está más pendiente del teléfono que del sentimiento de autocompasión de Biscuter, cariacontecido porque nunca recibe elogios, siempre críticas, siempre críticas. Le hice el otro día unos chipirones a la cerveza, de puta madre, y aún no me ha dicho si le han gustado. Al otro lado del teléfono van pasando los consultados sobre la búsqueda de Carvalho. Sectas vigentes durante la República y la guerra civil. Finalmente un ex compañero de universidad le pone en la pista de Evaristo Tourón, el principal especialista en la actuación de las sectas durante la guerra. No se pondrá al teléfono, es un sabio auténtico. Los sabios auténticos nunca se ponen al teléfono. ¿Te imaginas tú a Einstein telefoneando? Evaristo Tourón tiene la torre de marfil en un chalet del pasaje de Permanyer, una isla en el mar reticular y gris del Ensanche barcelonés, a cincuenta metros de los atascos del tráfico, en un microclima de silencios y palmeras aquietadas.

-¿Para qué quiere ver a mi padre? -le pregunta una falsa mujer de la limpieza.

Su respuesta no parece convencerla, como tampoco convence a un viejo despeinado con un ojo de cristal, que duda entre dedicar el ojo sano a Carvalho o a los doce libros que mantiene abiertos sobre la mesa.

-Me pregunta usted por un tipo de grupos que no están censados. Dudo que estén recogidos en el *Compendio de sectas hispánicas* de Hernández Colorado, pero en cambio puedo proponerle que hable con un viejo loco obsesionado por las sectas menores.

-¿Loco? Estoy un poco saturado ya de viejos locos.

-Tan loco, que sigue siendo republicano. ¿Qué le parece?

Sobre la puerta, el rótulo «Asociación de soldados de la II República Española». Carvalho empuja la puerta y penetra en un viejo piso del barrio Gótico barcelonés, con destartalados muebles de pasado noble, decorados con banderas republicanas, retratos de políticos republicanos entre los que destaca por su tamaño el de don Manuel Azaña. La entrada de Carvalho provoca cierta expectación entre el personal del salón, reagrupado ante diferentes mesas, gentes entre la madurez y la premuerte, conversantes o jugadores de mus, o de dominó, incluso un viejo delgado hasta la transparencia ensaya solitarios de carambolas en un pequeño billar, con maneras de Buster Keaton. Carvalho se inclina en una mesa para preguntar algo y le señalan al jugador de billar.

-¿Don Liberto Maestre?

El jugador, impasible, hace una carambola más y se coloca el taco apoyado en un hombro mientras queda a la espera de lo que Carvalho quiere decirle.

-Me envía don Evaristo Tourón. Me ha dicho que usted es el hombre que necesito.

Abre los brazos el viejo como sorprendido ante su propia utilidad e incita a Carvalho a que tome asiento a la mesa cercana. Duda entre atender al recién llegado o ensayar una carambola de más, y la tentación puede más que la obligación. Cuando la carambola se ha producido deja el taco en su sitio, se frota con las manos el supuesto polvo reunido en sus brazos y se sienta frente a Carvalho, clavando en él sus ojos de pájaro nocturno.

-Don Evaristo me ha dicho que es usted un archivo viviente de masonería, sectas secretas, grupos de presión, etc., etc., sobre todo durante el período de la segunda República y la guerra civil.

-A la fuerza ahorcan. Después de la guerra no hubo más sociedad secreta que la de los estraperlistas -se ríe el viejo de su propia audacia y acoge con agrado el que Carvalho sonría generosamente.

-Verá usted, tengo un problema. ¿Qué le dice a usted el nombre de Mozart?

-Un músico. Niño precoz. Fabuloso. Muerto de hambre, o casi, como todas las personas que han hecho algo para cambiar las cosas.

-Pero ligado a una sociedad secreta o algo parecido. Un comisario político se reunía en el frente de Teruel con una sociedad secreta y sus miembros se llamaban entre sí Mozart. Por ejemplo, Mozart primero, Mozart segundo, etc., etc.

-Mozart era masón.

-Mozart era masón -repite Carvalho para sí-. Entonces tiene sentido que una sociedad masónica utilice este nombre como apodo.

-Tiene sentido, pero no me suena. Una cosa era la masonería general, estatal, conectada internacionalmente, y otras subsectas más radicales que salían de vez en cuando, mejor o peor integradas en el movimiento general.

-¿Qué le dice el nombre de Praga ligado a Mozart?

-Mozart vivió un período en Praga. Entre Praga y Viena, y los praguenses le querían mucho, le encargaron varias piezas musicales, por ejemplo la K quinientas cuatro, una sinfonía que sólo tiene tres movimientos, más conocida con el nombre de *Praga*. Nunca le perdonaron que volviera a Viena, porque Mozart buscaba en la corte la posibilidad de nuevos contratos y destacar más. Mozart perteneció a una secta masónica de Praga que se llamaba A la Verdad por la Unión. Anda la osa, ahora me acuerdo. Durante la República funcionó una sociedad secreta con este título, A la Verdad por la Unión, era una sociedad muy radical, más roja que republicana, es decir, estaba copada por revolucionarios, y en cambio los masones desde finales del siglo diecinueve no han sido propiamente revolucionarios. Su revolución fue la liberal, y luego a cuidar la viña. Pero yo creía que esta sociedad sólo tuvo vigencia hasta el estallido de la guerra y que luego había desaparecido. Propiamente no era una secta masónica, porque la integraban gentes ácratas, y ni los comunistas ni los ácratas eran demasiado partidarios de la masonería, a la que veían como un grupo de presión capitalista. A la Verdad por la Unión fue una secta purista, un clásico grupo de puristas, de los que no se sentían satisfechos dentro de ninguna formación de las existentes. Hubo un partido que se llamaba de los Hermanos Proletarios, el escritor Sender militó en él. Pues bien, A la Verdad por la Unión fue, me parece, un grupo de élite, de superpuros, de gentes que no querían ensuciarse con las triquiñuelas de la guerra, que exigen las guerras. Yo conocí a más de uno precisamente aquí, en Barcelona, durante los hechos de mayo de 1937, cuando se liaron a tiros los comunistas con los del POUM. Eran de los que no estaban ni con unos ni con otros. Los comunistas eran unos contrarrevolucionarios y los otros unos aventureros. Ya ve usted. Gente así ni hace ni deja hacer. En las guerras hay que tomar decisiones, y pocas se tomaron al lado de las que hubieran sido necesarias. Perdimos la guerra porque fuimos unos indecisos. Demasiados escrúpulos para luchar contra una gente que no tenía.

Esta vez el coche pareció recuperar el camino de La Mancha con mejor ánimo, y la asistenta de Victorino le había preparado unas atascaburras demasiado cargadas de ñora y unas perdices en escabeche sobradas de vinagre, pero sugerentes y bien intencionadas. También era mejor el queso acompañado de un membrillo espeso y suculento. Felicitó con la mirada al señor cura y recibió a cambio una candorosa expresión de autosatisfacción.

-A tal señor tal honor.

-Comer bien o comer mal es una cuestión cultural. Comer o no comer es una cuestión de dinero. No lo olvides nunca.

-No lo olvidaré.

-Y ahora vamos a ver a esos viejos. Tengo psicosis de asistenta social.

Jardín de cipreses y laureles redondeados por la podadora. Caminos de gravilla de viña. Sombras, silencios y susurros. La rutina de los grupos habituales, de las campanadas habituales, de las órdenes y los consejos de las monjas.

-No se ha restablecido la tranquilidad. Dos o tres viejos han dicho que se iban en cuanto sus familiares vinieran a buscarlos.

-He hecho publicar la foto del supuesto don Gonzalo en la prensa mexicana y he dado las señas del asilo para que cualquiera que lo reconozca se ponga en contacto con nosotros.

-¿Por qué en México?

-Una corazonada y un dato. La corazonada proviene del hecho de que la mayor parte de la emigración política que sentó raíces durante muchos años, y muchas veces para siempre, se fue a México. De cualquier país europeo se vuelve más fácilmente. Cruzar el charco es más difícil. El dato es el carnet falso. Pertenecía a un viajante español muerto en México, por lo tanto ese carnet pudo desaparecer allí, ir a parar al mercado negro y ser utilizado por la víctima.

-Imagínate que no existen parientes, ni amigos. Los sobrinos han resultado ser falsos.

-Pero existen, es decir, ha habido unos supuestos sobrinos que han traído aquí al supuesto don Gonzalo. ¿Quiénes son? Además, el viejo mantenía correspondencia con ellos, no había quedado desconectado.

-Me temo que tu foto no va a dar resultado. Si todo es tan misterioso, ¿por qué van a dar la cara?

Carvalho se saca del bolsillo una fotografía, la de la mujer y el niño que el cura había visto en la caja de cartón con las pertenencias del viejo.

-Este niño puede vivir y puede desear saber qué ha sido de su padre.

-O no.

-Me molesta no saber el final de las historias en las que me meto. Es una manía que procede de mi mala educación, de nuestra mala educación. En gran parte tenéis la culpa los curas. Nos han educado en la creencia de que existe el final feliz.

-Eso es una simplificación. Está escrito: en mi fin está mi principio.

-En efecto, está escrito, pero como una propuesta de final feliz. En mi muerte está mi resurrección. A esa paparrucha habéis reducido los curas la belleza de la frase, que es eso, una frase. Pero en fin, repito que me molesta no saber el final de esta historia. Y voy a precipitar las cosas.

Deja Carvalho a su acompañante y se mezcla con los grupos de viejos, que le ven venir como al correo de la capital. Oiga, ¿y qué se dice en Barcelona del novio de la Pantoja? ¿Es verdad que al rey le han cortado un huevo? Lo de Felipe González no tiene perdón de Dios. Le quita el yate a Franco y ahora la nieta. Pues mejor para él. La envidia que te corroe. Carvalho lleva en las manos la libreta roja de don Gonzalo y busca un banco para sentarse y leerla.

-¿Está haciendo cuentas?

-No. ¿Por qué?

-Porque esa libretita parece una de las que se utilizan para llevar la contabilidad.

-Son unas notas escritas que le encontraron a don Gonzalo.

-Ah.

La avanzadilla informativa de los asilados le da la espalda y recupera su lugar en el grupo más numeroso. Da el parte y media docena de viejas cabezas con boina secundarán la en apariencia ensimismada lectura de Carvalho. Hay rostros más atentos que otros. Alguno excesivamente indiferente; tanto, que evidencia la intensidad de la represión del propio interés. Y ahí seguirá Carvalho durante una hora, entregado más a la detección de las reacciones ajenas que al interés por un escrito que ya se sabe de memoria.

«La primera vez que maté a un enemigo, al menos que me consta que maté a un enemigo, fue en una carretera de Teruel. Yo iba en un camión de suministros y nos hicimos un lío con las líneas propias y las enemigas. Tan asustados estábamos nosotros como los que nos daban el alto, y en dos controles ni siquiera nos preguntaron quiénes éramos ni adónde íbamos. Pero una patrulla nos paró de pronto y olió a rojo. Cargaron los fusiles y dieron un paso atrás. Vida por vida. Le pegué un tiro al que estaba más cerca del camión y se le dibujó un agujero oscuro en el centro de la frente, como un ojo ciego, formando un triángulo con los otros dos ojos abiertos... Mientras se generalizaba el tiroteo, yo no perdí de vista la caída de aquel hombre, lentamente, como si quisiera caer bien o como si quisiera aprovechar la poca vida que le quedaba en el cuerpo. Los enemigos dejaron otros tres cadáveres en la carretera antes de retirarse. Yo ayudé a llevar los cadáveres a la cuneta de los otros dos, no de mi muerto. Cuando fui a cogerle por los pies me eché a temblar y sudé como si estuviésemos en agosto. Era diciembre, en un punto indeterminado de la carretera de Teruel.»

Oscureció sobre los campos sanguina. La noche era como una melaza oscura que se extendía con parsimonia de vencedor con una larga victoria por delante, y Carvalho le siguió el juego vagando como una sombra gris que intentaba sumarse a la total oscuridad. Durante una hora aún salió rumor y olor de vida de la residencia, hasta que un cansancio viejo, como el de los asilados, instaló el silencio y quietud. Pocas luces en las ventanas del asilo. Carvalho pasea por el camino que rodea el caserón. La luna le muestra el camino y le delata como una figura de plata que va rondando obsesivamente el almacén de vejez. Carvalho se siente observado desde alguna de aquellas ventanas. Levanta bruscamente la cabeza y sorprende un rostro asomado a una ventana, que se retira velozmente. Es el rostro de uno de los viejos que más atención paró cuando empezó a leer la libreta con las insuficientes memorias del comisario republicano, falsamente llamado Gonzalo Céspedes.

-Como hoy es el santo de la madre superiora, hay desayuno extraordinario.

La monja espera a que se haga un silencio goloso entre los viejos reunidos en el comedor.

-¡Chocolate con churros!

Estalla un rumor de complacencia o en su defecto un comentario general no siempre favorable.

-Pues sí que... Podían haber dado también nata.

-Espérate, además a lo mejor dan nata.

-Qué van a dar nata estas tacañas. Se lo gastan todo en cirios y en hincharse bien la tripa ellas.

La monja se acerca a la mesa de los viejos maldicentes.

-¿Están contentos?

Toda la acritud anterior desaparece y el más corrosivo contesta:

-Mucho, hermana. Felicite a la madre superiora de nuestra parte. Dígale que santa Gertrudis le conceda muchos años de vida.

-¿Gertrudis? ¿Por qué santa Gertrudis?

-¿No se llama Gertrudis la madre superiora?

-Se llama Leonor, Leonor, ¿cuántas veces tengo que decirlo? A ver, repitan la respuesta. ¿Cómo se llama la madre superiora?

-Leonor -contestan a coro los viejos.

-Muy bien. Espero que no lo olviden.

Cuando la monja se vuelve de espaldas, los viejos se guiñan el ojo, se dan codazos, tratan de contener la risa.

-Siempre cae.

-Con las cuatro patas.

-¡Se llama Leonor! ¡A ver! ¿Cómo se llama la madre superiora?

Desde detrás de una celosía, Carvalho y el cura observan el comedor del asilo lleno de vapores de espeso y caliente chocolate.

-Es aquél de la mesa de la esquina. Obsérvale bien.

Es un viejo como los demás, pero destaca su concentración, su no entrega a lo que ocurre en el comedor, su capacidad de distancia y de vigilancia, de animal de paso. Come, comenta, participa, pero mira.

-Quiero su nombre. Todo lo que podáis saber sobre él.

El cura asiente.

-Creo que se llama Cosme. Las monjas tendrán la ficha.

El fichero es metálico y huele a puerta de cárcel, piensa o recuerda Carvalho. Todos los metales pintados de verde huelen a puerta de cárcel. Las manos de la monja son cristalinas, cajitas transparentes para la enramada de sus venas azules. Remueven las fichas.

-Hay dos Cosmes.

-Increíble. Parece un nombre de chiste del *TBO*.

-A ver la foto. Es éste. Cosme Galbán. No me suena Galbán con be alta.

-Debe de ser un error de transcripción.

-¿Qué más pone?

La monja lee los datos que figuran en la ficha.

-Ingresó él solo. Dejó un depósito de doscientas mil pesetas. Tiene setenta años. Viudo. Ha sido profesor de contabilidad.

-¿Ingresó antes o después que don Gonzalo?

Compara dos fichas.

-Después.

-Ingresó solo, pero normalmente dejan el nombre y la dirección de algún familiar por si les pasa algo. ¿Qué referencia dio?

-Ninguna.

-¿Le aceptaron sin ninguna referencia?

-Las referencias no se pueden inventar. Si el ingresado declara que no tiene familia, ¿qué le vamos a hacer?

-Deberíamos pedir un informe, pero primero habría que aclarar lo del apellido. Si es Galván o Galbán. ¿No hay una fotocopia del carnet de identidad?

-No.

-¡Pero esto no es un archivo de entradas! ¡Esto es un viva la Virgen!

Lo ha dicho el cura, no Carvalho, y por eso la monja se ruboriza más y quiere enmendar culpas ajenas o propias con un... en seguida vuelvo... y se va con los pies ligeros bajo la toca y las manos enlazadas. Corre hacia el dormitorio colectivo en busca de don Cosme Galbán o Galván y no está en la cama, ni en la pequeña habitación donde los más insomnes o angustiados apuran las últimas briznas de televisión. Pregunta por él y sólo recibe hombros encogidos y algún desdeñoso yo qué sé. En el cuarto de aseo. Allí es donde el viejo se está limpiado la dentadura minuciosamente, bebe agua, se enjuaga la boca y se mira la dentadura en el espejo. Recoge sus utensilios y los mete en un pulcro neceser. Luego, con el paso tardo, va hacia el dormitorio general y mete el neceser en la parte de armario que le corresponde. La monja le está esperando y le pregunta sin más preámbulos:

-Don Cosme, por favor, su apellido, Galván es con uve o con be.

El hombre apenas se sobresalta, sonríe a la monja.

-Con uve, hermana. ¿Pero qué mosca le ha picado? ¿A santo de qué le interesa ahora cómo se escribe mi apellido?

-Me lo han preguntado en secretaría, debe ser para consultar una ficha.

Se va la monja y hay un cruce de miradas que establecen un triángulo comunicacional. La mirada del viejo Cosme se cruza con la de otros dos. Uno de ellos va a su encuentro y le musita en la puerta del oído:

-Esfúmate. Van a por ti.

-Nos veremos en Praga.

-No hay tiempo. Esta noche.

La monja regresa, triunfal.

-Con uve.

-¿Seguro?

-Seguro. Se lo he preguntado a él. La afirmación de la mujer le suena a Carvalho como un ruido.

-Claro. Era lo más directo y seguro.

-Santo cielo.

-Te desconozco, Carvalho. El cielo en tu boca.

-Es por no decir una barbaridad. Ya es inútil pedir informes sobre este hombre. Se habrá sentido sorprendido por la pregunta y estará sobre aviso. De lo perdido saca lo que puedas: hermana, señáleme la cama donde va a dormir Galván.

Está el viejo en la cama. Carvalho envía a la monja para que investigue si sus prendas habituales están colgadas en el armario que le corresponde. No. No están.

-Eso quiere decir que está vestido en la cama y que por lo tanto esta noche va a haber función. Si no me equivoco, este hombre intentará escapar y hay que seguirle hasta poder confirmar el sentido de su huida. ¿Cuántas puertas de salida hay en el asilo?

-La principal y, de todas las demás, de noche sólo es accesible la que da al jardín trasero que comunica con el delantero y la verja a la carretera.

-Hay que controlar estas dos salidas.

-Pero, Pepe, todo es muy prematuro. Las reacciones de estos hombres, a estas edades, no son convencionales. Dudo que podamos establecer una relación causa efecto. Huye porque es culpable o huye porque está asustado. ¿Te ves con ánimo de anticipar una respuesta?

-No. Y por eso voy a seguirle. Es el primer punto de apoyo que tenemos y no pienso menospreciarlo. Hay que repartirse las posibles salidas. ¿Juegas o no juegas?

Carvalho permanece en guardia junto a la puerta trasera del asilo y el cura hace lo propio junto a la puerta principal. Se han parapetado tras los árboles para escapar al baño lechoso de la luna. Por fin, la puerta trasera se abre sigilosamente y asoma la cabeza del viejo. Mira a diestro y siniestro, se asegura de que no hay nadie y saca entonces el brazo del que cuelga un maletín de viaje. Prosigue todo el cuerpo a continuación y camina con decisión por el camino que lleva a la carretera general. Carvalho corre y avisa de lo ocurrido al cura en voz queda. Juntos emprenden el seguimiento del viejo que camina con un paso más decidido que el exhibido en el interior del asilo. Va carretera adelante hacia las luces de la gasolinera y los dos seguidores retienen el paso para no ser advertidos. El viejo dialoga con el encargado de la gasolinera y luego va hacia un teléfono. Hace una llamada, vuelve a salir. El de la gasolinera le ofrece sentarse dentro, pero el viejo prefiere pasear merodeando entre los surtidores o recorriendo el límite justo de la carretera.

-Hay que intervenir. Está esperando a alguien. Nada más decir esto aparecen los faros de un coche que viene del pueblo inmediato. Carvalho echa a correr hacia la gasolinera y llega a ella casi al mismo tiempo que el coche.

-¡Usted! Espere un momento.

El grito de Carvalho ha sorprendido al mozo de la gasolinera, que se queda desconcertado, pero no al viejo, que corre al encuentro del coche que viene y le hace señas de que se detenga. -¡Usted! ¡Deténgase!

El mozo de la gasolinera ve cómo un extraño trata de retener a un viejo y se enfrenta a un extraño.

-¿Qué le ha hecho ese pobre hombre? ¿Por qué se mete donde no le llaman?

Carvalho trata de sortearle, pero el mozo le coge por un brazo y le hace perder el equilibrio y caer al suelo. Carvalho se levanta de un impulso y pega un empujón al hombre, que resiste lo suficientemente bien como para coger a Carvalho por la chaqueta y tratar de aplicarle un golpe. El viejo ya ha parado el coche y se dispone a subir a él. Carvalho ha conseguido zafarse de su obstaculizador y corre hacia el coche. El viejo ha abierto la portezuela y espera la llegada de Carvalho con una extraña serenidad. De la ventanilla del conductor del coche sale un brazo con un spray que lanza una fumigación contra el rostro de Carvalho. El detective se lleva las manos a la cara, tose, no puede controlar sus propios movimientos y el coche arranca con el anciano dentro. El cura llega hasta Carvalho, derrumbado, y le levanta.

-¿Qué te han hecho?

-Ha sido con un spray de autodefensa.

A espaldas de los dos hombres, el mozo de gasolina trata de disculparse.

-Cómo iba yo a saber. He visto a un viejo y a un grandullón. Usted, padre, habría hecho lo mismo.

Las luces del coche se pierden por la carretera y el cura corre hacia el teléfono público.

-También identidad falsa Cosme Galbán. No está registrado. Es un nombre supuesto.

-¿Y el coche?

-La guardia civil no lo ha visto. Se lo ha tragado la noche.

Carvalho tiene una toalla sobre los ojos y el cuerpo sobre un camastro. Se quita la toalla húmeda y se levanta. Sus ojos son dos botones enrojecidos.

-Hay que comprobar la identidad de todos los asilados e impedir que nadie abandone el asilo hasta que las identidades hayan sido comprobadas. Si es el criminal, no pudo actuar solo. No se asfixia a alguien en un dormitorio colectivo así como así.

-Eso no puede hacerse sin avisar a la policía.

Carvalho hace una mueca de contrariedad.

-Tú eres mi cliente. Será responsabilidad tuya.

-Compréndelo, Carvalho. Las cosas superan nuestra medida.

-No sé cuál será tu medida. La mía no está superada.

-Pero al final igual deberá intervenir la policía. Tú has levantado la liebre. Ahora el caso va a parar a manos de la justicia.

-¿De qué justicia me hablas? Yo no me planteo jamás una investigación pensando que finalmente... «va a ir a parar a manos de la justicia». ¿Quién? ¿Qué? Cuatro funcionarios rutinarios que cumplen su obligación como lo que es, una obligación. No miran. No tienen mirada humana. Actúan a golpes, a golpes de puño o a golpes de código. Ese final no me interesa. Yo termino mis historias y se las doy a mi cliente. La sanción moral o social no es cosa mía.

-No es el momento de hablar sobre la razón o no de sancionar el delito. ¿Qué quieres hacer?

-No hay que dejar las cosas a medias. Una liebre se ha ido, pero quedan gazapos dentro del asilo. Hay que hacerles salir del escondite. Hay que crear un clima de alarma.

En pocos minutos la residencia entró en estado de emergencia. Se prohibieron las salidas sin pedir permiso a la superiora y las llamadas telefónicas que no se hicieran en presencia de una celadora, además todos los asilados debían pasar al día siguiente por la oficina de entradas con el carnet de identidad. Carvalho y el cura esperan acontecimientos en la penumbra del despacho de la superiora. El sacerdote cree estar perdiendo el tiempo. Carvalho fuma su Cerdán y le reconforta comprobar la exactitud simétrica de la corona ígnea, único punto de luz a medida que oscurece y las sombras acentúan el olor a humedad y vacío del caserón. Ruidos al fondo del pasillo. Pisadas firmes y aceleradas. La puerta se abre para dar paso a una monja demudada que con los ojos trata de advertirles de algo. Es una inútil advertencia. Tras ella entran otros dos viejos. Uno lleva una pistola en la mano y el otro mantiene a la monja retenida por un brazo.

-No es necesario que monten una película por tan poca cosa.

Una extraña serenidad sonriente preside las facciones del anciano que habla. No maneja la pistola como un viejo. La esgrime como un asesino.

-Hagan el favor de ponerse los tres de cara a la pared. Tú, regístrales.

Obedecen y son registrados. El viejo registrador retira una pistola del sobaco de Carvalho.

-Realmente hemos de admitir que ya no estamos para estos trotes. Hemos dejado demasiados cabos sueltos, pero hemos hecho justicia, después de tantos años. Ha sido una satisfacción, una gozada, como dicen ahora. ¿Verdad, hermanos?

-Evidentemente, Mozart.

-Los supervivientes de A la Verdad por la Unión.

El viejo que lleva la voz cantante sonríe ante la sabiduría de Carvalho.

-Quedan más. No muchos más, pero más. Los suficientes para haber montado una lenta, larga, implacable persecución del traidor que nos deshonró.

-¿Se fue con el dinero de la organización?

-Mucho peor. Se marchó con el honor de la organización.

-¿Cuarenta y pico años después matan por una cuestión de honor?

-No sólo es eso. El traidor pactó su salida de España en mil novecientos treinta y ocho a cambio de echar tierra sobre un sucio asunto de represalias. Juramos que lo pagaría caro, pero legalmente, cuando se restableciera la legalidad republicana. No ha sido así y tal vez habríamos olvidado lo ocurrido de no haber sucedido lo de Puerto Vallaría. Gonzalo Céspedes, es decir, Juan Malfeito Carande, se había refugiado en México con nombre supuesto y había hecho una fortuna. Nosotros nos habíamos dispersado por todo el mundo. Alguno había regresado a España. Otros incluso se fueron a México. Y uno de los nuestros, Mozart, seis, tuvo la mala suerte de topar con Céspedes en México. No fue reconocido, pero nosotros hemos ido trabajando durante años sobre una fotografía del traidor, añadiéndole arrugas, tiempo, para que su imagen no se borrara de nuestra retina. Mozart seis montó una operación de vigilancia en torno del traidor mientras esperaba órdenes de la central. Se le dijo: déjale estar pero dale un buen susto. Así lo hizo. El traidor suplicó, mintió, aseguró primero que su trayectoria había sido limpia, luego que le habían obligado a aceptar la huida, que en ello le iba la vida. Nuestro compañero le dejó como lo que era, como una escoria. Pero él no quedó tranquilo. Contrató a un par de matones y nuestro compañero fue asesinado en Puerto Vallarta donde estaba celebrando las bodas de plata matrimoniales junto a su esposa. Juramos que le vengaríamos y fuimos estrechando el cerco hasta que la situación se hizo insoportable al traidor y sus hijos le aconsejaron que cambiara de aires hasta que pasara todo. Se metió en este asilo para pobres, él, el multimillonario, el rey de la mantequilla, como le llamaban en México. Hasta aquí llegamos y aquí hicimos justicia.

Carvalho, cara a la pared, imagina la escena de ferocidad. Los viejos volcados sobre la almohada, con el odio histórico en sus rostros desencajados y el otro debatiéndose inútilmente, aterrado, asfixiado, bajo la mirada ciega de una luna hermosa, como la que aún pende en el cielo cuando Carvalho dirige la vista a la ventana. Es la misma luna que asiste al despliegue de un piquete de guardias civiles armados que rodean el asilo, mientras por el patio central avanza la madre superiora, imponente, seguida de un cortejo de monjas cariacontecidas. La madre superiora y el cortejo se dirigen a la habitación donde Carvalho y el cura se han convertido en rehenes e irrumpe en ella con todo el derecho que le da su maestrazgo sobre la casa.

-Ustedes. Venga. Dejen de jugar a los gángsters.

Tiende la mano y cierra los ojos como si no fuera necesario ver lo que va a ocurrir.
Los dos viejos se miran entre sí dubitativamente. Finalmente la pistola pasa a la mano de la madre superiora.

-Tenga, hermana. De hecho la misión está cumplida.

La superiora medita al tiempo que Carvalho pasea y desgrana una explicación. Los otros testigos son las monjas rectoras, el cura y un mando de la guardia civil.

-Las memorias de Juan Malfeito son coherentes hasta que se ve obligado a falsificar su propio retrato. Los hechos pasaron de manera diferente a como lo cuenta. Al llegar al pueblo de Cartagena tal vez intentó poner en claro lo allí ocurrido, pero se encontró ante la amenaza de los mandos locales, dispuestos a que se echara tierra sobre el asunto. Prefirió entonces negociar su silencio a cambio de un salvoconducto y un barco que le alejara de la guerra. Lo demás es cosa sabida. Un odio congelado durante cuarenta años y una mala conciencia que lleva hasta el crimen. Cuarenta años después, cuando ya estaban todos despidiéndose de la vida. Parece increíble. Ahora hay que ponerse en contacto con los familiares reales.

-Los de don Gonzalo ya han contactado conmigo. Han visto la foto de su padre publicada en un diario de México.

Ha hablado la superiora y todos se vuelven hacia ella.

-El hijo está en camino. Ya lo sabe todo.

-¿Incluso la traición de su padre?

Es el cura el que han hecho la pregunta.

-Eso ya se lo dirán ustedes o la prensa. Esos viejos locos han hundido el prestigio de este asilo.

-Odiaban como jóvenes. Eso es todo -comentó el cura.

Salen al patio Carvalho y su amigo. Los corros de siempre. La acostumbrada rutina de condenados a muerte que apuran los últimos soles, los penúltimos aromas lánguidos de un campo invernal. Y de nuevo sale la monja a reclamarles, a agitar la campanilla.

-A comer. A comer.

-¿Qué habrán hecho hoy? -comenta un viejo receloso a su compañero de marcha penosa.

-Mierda, como siempre -le responde.

Y Carvalho conserva en su retina la imagen de aquel rostro irritado. La última imagen de un mundo que ha imaginado tal como es desde que era niño. ¿Será éste mi rostro dentro de quince, veinte años? ¿Quién podrá pedirme una mirada más benevolente hacia un mundo que se me escapa, protagonizado por jóvenes de vejeces aplazadas, alienados en la prepotencia de la juventud?

-A los setenta años hasta un *Oreiller de la Belle Aurore* puede saber a mierda, Biscuter -le comentaría días después a su ayudante.

Sobre la mesa del despacho aún estaba abierta la carta que le había mandado Victorino y de ella le reclamaba una cuarta lectura el párrafo que de hecho terminaba la historia y la investigación: «El hijo de don Gonzalo estuvo en la residencia y se sorprendió mucho al conocer todos los pormenores de la historia de su padre. No, no es el niño que sale en la fotografía. El niño de la fotografía murió de tuberculosis en los años cuarenta. Don Gonzalo volvió a casarse en México y de ese segundo matrimonio nació otro chico. Parecía divertirle la historia de su padre y de los viejos. Le ha parecido una machada y ha dejado un dinero para que un día se haga una comida extraordinaria para los ancianos. ¿Qué menú nos aconsejas?».

Mierda, pensó Carvalho; pero escribió: pollo relleno con ciruelas y de postre, mantecados de Astorga. Fiesta y patria, Victorino. Fiesta y patria.

AQUEL 23 DE FEBRERO

Biscuter subía trabajosamente las escaleras que conducían al despacho de su patrón el detective Carvalho. Mucha cesta para tan poco cuerpo fetoide, y de pronto una mano que se va del asa de la cesta para irse hacia la frente y golpearla tras un «¡Mecachis!» de evidencia.

-¡Me he olvidado los puerros!

Y sigue subiendo la escalera un Biscuter refunfuñante.

-Hasta la sal de apio he comprado y luego me dejo los puerros. ¿Cómo se puede hacer una vichyssoise sin puerros? Y es que no se pueden tener tantas cosas en la cabeza.

La cabeza de Biscuter era un elemento esencial en el afanoso subir de la escalera, como un adelantado y balanceante vigía del cuerpecillo, y fue ese vigía quien primero advirtió el formidable par de piernas femeninas cruzadas bajo la cúpula de una breve minifalda y adheridas a un cuerpo de muchacha sentada en los escalones. La mujer contempla a Biscuter con curiosidad.

-¿Carvalho?

-No. Biscuter. El jefe no tardará en llegar. Yo he ido a hacer la compra.

-¿Es usted su mayordomo?

Biscuter carraspea y culmina la ascensión a una mayor velocidad, como si la cesta le pesara menos.

-Soy, digámoslo así, su hombre de confianza.

La muchacha se mira a Biscuter de arriba abajo y dice como para sí:

-Debe de ser un hombre muy confiado.

Biscuter no tiene manos para seguir llevando lo que lleva, abrir la puerta y ofrecer galantemente la primera plaza a la dama. Sin saber cómo, en cuestión de segundos, las bolsas han pasado a las manos de la muchacha, él está abriendo la puerta desde la sensación de que algo que está ocurriendo no debería ocurrir y finalmente entra el primero, seguido de ella, que apenas puede con todo lo que lleva a cuestas.

-Si me ayuda todo irá mejor.

Biscuter por fin ha comprendido la razón de su secreta inquietud y vuelve a no tener ni manos ni palabras suficientes para disculparse y al mismo tiempo liberar de la pesada carga a la desconocida. No tarda el fetillo en recuperar el sentido de la orientación y, con él, maneras de secretario general de aquel reino. Comprensivo con las necesidades de tiempo libre de la mujer, se ofrece para anotar su caso. La llegada de Carvalho es imprevisible. El jefe tuvo ayer un día infernal.

-Estamos investigando un caso que se las trae. Los franceses han robado los planos secretos de la Olimpiada de Barcelona y el alcalde nos ha pedido ayuda, desesperadamente. Mi jefe se pasa el día de reunión en reunión con jerifaltes... ¡Hombre, jefe! De usted estaba hablando con esta señorita.

Carvalho suele mirar a las mujeres de arriba abajo, a medio camino entre la moral igualitaria de la juventud que le obligaba a mirarlas a la cara de tú a tú y de las concesiones machistas que se ha ido haciendo a sí mismo a medida que envejecía. Pero esta mujer sin duda merece una mirada de abajo arriba.

-¿Es tu prima, Biscuter?

-¿Mi prima? ¿Desde cuándo tengo yo una prima?

La mujer sonríe como un boxeador que espera a su adversario en el tercer asalto con un golpe definitivo. Obedece dócilmente cuando Carvalho la incita a sentarse y fuerza a Biscuter a irse camino de la cocina.

-Usted dirá. Pero si no dice nada me es igual. Yo estoy bien así.

Se desconoce a sí mismo. Hacía tiempo que una mujer no le provocaba una congestión pulmonar.

-No quisiera entretenerle. Le supongo muy atareado tratando de recuperar los planos de los franceses.

-¿Biscuter le ha contado lo de los franceses? Ha tenido usted suerte. Últimamente ha renovado el repertorio de encargos imaginarios. Unas veces cuenta lo de los planos olímpicos y otra lo de las joyas de Isabel Preysler.

-Esta segunda no me la sé.

-Según Biscuter, Isabel Preysler ha sido objeto de robo de sus joyas y me ha encargado que las busque. ¿Qué se le ha perdido a usted?

-Mi abuelo.

Lo ha dicho de sopetón, llevada por el tono frívolo y juguetón del diálogo, pero inmediatamente se arrepiente, baja la cabeza, reconstruye el dramatismo interior de su vivencia.

-Mi abuelo ha muerto.

-La acompaño en el sentimiento. ¿De qué ha muerto?

-De un ataque cardíaco. Según el forense.

Ante dos tazas de suizo y un importante repertorio de croissants y magdalenas, un hombre y una mujer llegan fácilmente a intimar, aunque probablemente el suizo no sea un alimento afrodisíaco y los croissants sugieren excesivamente la imagen lúdica de infancia y domingos por la mañana.

-Si el forense ha dicho que era un ataque cardíaco, no hay duda.

Carvalho hablaba sin mirar el rostro de la muchacha, pero sí miraba las piernas escapadas como tentáculos de la breve falda de napa plateada. Prefería las piernas. La cara parecía pintada al óleo, tal vez para cubrir la desarmada inocencia de unas facciones de niña.

-Sí, es lógico. Mi abuelo ha sufrido mucho en la vida. Era militar republicano. Se exilió en 1939 y dejó a mi abuela con los hijos. Volvió clandestinamente en 1946 y vivió escondido hasta que se entregó en 1952 creyendo que no le pasaría nada. Salió de la cárcel en 1960. En fin. Una vida deshecha. Mi abuela murió sin verle en libertad. Sus hijos nunca se lo han perdonado. Siempre le han acusado de haber preferido sus ideas políticas a sus obligaciones familiares. Pero no era un viejo triste. Era un viejo que amaba la vida y tenía el corazón de un toro.

-Los toros también mueren de ataques cardíacos.

-Hay cosas que no encajan, señor Carvalho. Yo solía visitarle con frecuencia, y cuando no podía porque estaba de viaje, le telefoneaba. Aunque fuera desde Bangkok o Beirut.

-¿Se dedica usted al tráfico de drogas o al de blancas?

-Soy agente de *tour operator*.

-¿Qué cosas no encajan?

-Curiosamente esto ha sucedido coincidiendo con un viaje mío más largo que los habituales. Estamos preparando una oferta turística muy importante desde el norte de Australia, un lugar maravilloso y casi desconocido. He estado un mes fuera de España y a mi vuelta encuentro a mi abuelo muerto. Llamé dos veces por teléfono desde Canberra, puedo demostrarlo con las facturas del hotel, y se me contestó que no podía ponerse. Una vez porque estaba fuera, en una finca de mi tía Jacinta. La otra porque estaba enfermo.

-Dos circunstancias muy verosímiles en un hombre de casi ochenta años.

-Nada verosímiles. Mi tía Jacinta no le traga y sólo se toma la molestia de invitarle a la comida de Navidad porque invita a toda la familia. En cuanto a lo de no poder ponerse porque estaba enfermo... ¿Quién no puede hablar por teléfono cuando está enfermo? Y más llamándole desde la otra parte del mundo.

-Quería usted mucho a su abuelo.

-Es uno de los pocos hombres a los que he admirado.

-¿Separada del marido?

-Virgen.

-Vamos, es usted feminista.

-Quizá. En cualquier caso, he tenido la desgracia de ser hija de un imbécil acobardado y nieta de un hombre maravilloso.

-¿Su padre vive?

-Vegeta.

-¿Qué dice de la muerte de su abuelo?

-Lo mismo que mi tía Jacinta. Son tal para cual.

-Pero aparte de las débiles suspicacias por lo de la invitación de su tía y por no ponerse al teléfono, ¿qué otras pruebas hay?

-Esto.

La muchacha le tendió un reloj de bolsillo de oro sobre el que parecía haber caído toda la vejez del tiempo. Carvalho lo abrió y sobre la esfera apareció un papelito doblado.

-Lea lo que pone ahí.

Carvalho desplegó el papelillo y se acercó a los ojos una breve escritura convulsa.

«Esta vez podrán conmigo, Teresa. Pero tú podrás con ellos. La historia te pertenece.»

-Teresa soy yo.

-Lo tengo presente.

-Mi abuelo siempre me había prometido este reloj, entre otras cosas, joyas buenas de la abuela y todo eso. Yo sólo he reclamado el reloj y me lo han dado. Lo he abierto y ha aparecido esto.

-No es un papel tan viejo como el reloj, sino relativamente nuevo.

-¿Lo ve?

-¿Qué interpretación hace usted del texto?

-Habla de algo que le amenaza. Puede ser una amenaza familiar o política. Lo digo por la última frase.

-Supongo que su abuelo no estaba metido en política.

-Hasta el gorro. Pertenecía a un partido de esos que aún quieren proclamar la República.

-¿Tenía dinero?

-Él no. Pero mi abuela era muy rica y aún queda bastante. Ahora heredarán mi tía y mi padre. Buena falta les hace. Mi padre ya no tiene ni para renovar la cuota del golf de El Prat.

-Un padre golfista, qué interesante.

-No veo qué interés puede tener el golf. A mí me aburre soberanamente.

-Sólo el golf puede aburrir soberanamente. Ahí está el secreto encanto de este deporte.

Lo peor que le puede ocurrir a un ser humano es ir por la vida pensando que no ha reunido méritos suficientes para ser socio de un club de golf. En el caso de Carvalho, junto a la sospecha de que jamás le dejarían entrar en un club de golf, alimentaba también la de que nunca podría atravesar el dintel de la puerta de un club de tenis. Tal vez por eso exageró la rudeza con la que exigió ser conducido inmediatamente ante don Felipe Álvarez de Enterría. El recepcionista le recorrió con una mirada valorativa y el resultado del examen no fue bueno. Carvalho no llevaba corbata, ni fulard, y evidentemente la chaqueta marrón no casaba con el pantalón marengo, no demasiado bien planchado. No obstante el recepcionista era un profesional y localizó en el plano a don Felipe.

-Está jugando en la pista A Oeste. Puede ir caminando, pero si quiere le transportaremos en un carrito.

En situaciones normales, Carvalho habría apostado decididamente por sus propias piernas, pero esta vez pidió el carrito, lamentándolo en cuanto el artefacto se puso en marcha conducido por un jovenzuelo vestido de verde, para hacer juego con el césped. Carvalho, durante todo el recorrido, tuvo la sensación de ir montado en un auto de atracciones de Disneylandia y descendió del bólido en inferioridad de condiciones ante la estatura displicente y dubitativa de don Felipe.

-Vengo por el asunto de su padre. Ya se lo comenté por teléfono.

-No veo ninguna necesidad de investigar. Mi padre está muerto y enterrado.

-Digamos que investigo porque su padre tenía una póliza de seguros y hay que hacer una investigación protocolaria. Adjuntar fotografías, informes, una lata.

Don Felipe, como le llamaba el *caddie* cada vez que le daba la pelota o el palo, seguía con la atención fija en la lunita erosionada y amarilla que estaba a punto de lanzar a un tonto vuelo sobre el océano verde.

-Mi hermana. Mi hermana. Eso mi hermana.

Don Felipe parecía Luis XX en el caso de que hubiera habido un Luis XX reinante en Francia. Carvalho resistió cuatro hoyos de monosílabos e impaciencias porque la bola y el palo no tenían su día, no estaban a la altura de las esperanzas de don Felipe. Aprovechó un descanso para beberse un «destornillador» y pasarse un pañuelo reparador de sudores.

-Hay algo que no nos convence en esta muerte.

Parte del «destornillador» estuvo a punto de salir por las narinas del curtido golfista.

-¿Qué quiere decir con eso de que no les convence? ¿Hay muertes que convencen y otras que no convencen?

-Parece ser que su padre murió fuera de la ciudad, en una casa de campo.

-En la casa de mi hermana Jacinta. Ya no tenía edad para vivir solo y Dolores, la asistenta, es casi tan vieja como él. Retiramos a Dolores. Está viviendo como una señora en una residencia de ancianos, y nos llevamos a mi padre a casa de Jacinta.

-¿Vive su hermana siempre en el campo?

-No. Pero consideramos que mi padre, con su bronquitis y lo que cuelga, donde estaba mejor era en el campo. En una casa muy bien acondicionada situada en San Miguel de Cruilles, en el Ampurdán.

-¿Podría verla?

-¿Por gusto o por obligación?

La cólera de don Felipe le hacía contemplar la cabeza de Carvalho como si fuera una pelota de golf. Hay que adjuntar alguna fotografía, le comentó Carvalho amablemente a manera de despedida.

-Comprenda que he de realizar un informe completo, lo más completo posible.

-A mí me la trae floja su informe.

El tono de la voz ha sido educado en esta ocasión, hay que reconocerlo.

-Pero quizá no los beneficios que puedan derivarse de la póliza suscrita por su padre.

-¿Cuánto?

-Veinticinco millones.

El palo de golf detiene su caída vertiginosa y se queda a un palmo de la pelota. Es el momento justo para que don Felipe levante la cabeza y trate de construir una frase que disimule el nerviosismo de la voz.

-A mí el dinero no me interesa. Hable con mi hermana. Es ella la que sabe lo que hay que hacer.

Había visto mujeres así en aquella ola de películas alemanas que empezó a llegar a España en los años cincuenta. Solían aparecer mujeres entre los cincuenta y los sesenta, dueñas de su casa y de algunas casas y vidas ajenas, cúbicas, siempre vestidas para recibir al burgomaestre y con el morro endurecido por los afeitados de cincuenta años de coquetería y lleno de verrugas. Doña Jacinta examinó a Carvalho clasificándolo en la categoría de electricistas o fontaneros redimidos por el bachillerato superior, pero nunca tendrían la distinción necesaria para que ella pudiera recibirlos como iguales.

-No me entretenga mucho porque tengo un montón de cosas que hacer.

-En la compañía me llaman Pepe el Rápido. Lamento las molestias que les estoy causando. Procuraré ser lo más breve posible.

-Si usted no lo procura, lo procuraré yo. No se preocupe. Yo no tengo pelos en la lengua.

Tampoco doña Jacinta Álvarez de Enterría tenía la amabilidad como cualidad predominante. Durante toda la entrevista, Carvalho intuyó que se jugaba la orden de ser arrojado a la calle por los lacayos, aunque presumía que el único lacayo al alcance de doña Jacinta era la casi niña filipina que le había abierto la puerta e introducido en un salón lleno de cuadros de Ramón Casas, dos pianos de cola y frascos con lo que a Carvalho le parecieron trufas en aguardiente y que al parecer eran cálculos renales que el abuelo de doña Jacinta había extraído de los riñones más ilustres del país.

-Ése de ahí era el del presidente Maciá, cuando aún no era separatista, cuando aún era coronel. Mi abuelo no se metía en política. Era más responsable que mi padre.

Este comentario pertenecía a la fase amable de la conversación. Luego, cuando Carvalho empezó a poner en duda las circunstancias de la muerte del anciano militar republicano, doña Jacinta se convirtió en una airada triple cómica de zarzuela con los brazos en jarras. ¿Extraño, eh? ¿Conque el viejo aún va a fastidiarnos después de muerto? ¿No ha podido ni siquiera morirse normalmente? Hermanos coléricos, pensó Carvalho mientras cabeceaba pesaroso por las molestias que estaba causando. Pero cuando decidió que la cólera de doña Jacinta excedía los límites de lo tolerable, pegó un puñetazo en el brazo del sillón.

-Bueno, corte el rollo. O investigo o no hay seguro.

Conque menos oratoria y al grano. Quiero entrar en los lugares donde vivía su padre y sobre todo en el lugar donde murió. Si no le gusta se dirige a estas señas, pregunta por este señor y le dice que prefiere perder los millones de pesetas y dejar en paz la memoria de su padre.

-No se ponga así. Hablemos como personas. Mi hermano ya me ha avisado sobre la póliza de seguro, la he buscado por todas partes y no la he encontrado.

-Busque bien.

-¿Usted no trae consigo un resguardo o una copia?

-Yo trabajo en un servicio paralelo de la compañía. Las pólizas las llevan los agentes. Llame usted a la central.

-¿Cómo se llama la compañía?

-Aseguradora Universal, S. A.

Carvalho necesitaba dos días de tiempo antes de que se descubriera la superchería. Un amigo de Teresa había quedado al pie de un teléfono dispuesto a dejarse matar antes de aceptar que no era el recepcionista de Aseguradora Universal, S. A., e imbuido de que el número de la póliza suscrita por el señor Álvarez de Enterría era el cincuenta y cuatro mil doscientos sesenta y tres. La póliza tendría que corporeizarse en un momento u otro, pero para entonces las brevas ya podrían estar maduras o bien la higuera se caería con todo su peso sobre las espaldas de Carvalho.

-Quien a buen árbol se arrima, buen árbol le cae encima.

Era el refrán más sabio que había conseguido memorizar.

Lleva ya una hora Biscuter en su minúscula cocina laboratorio, dispuesto a terminar el guiso antes de que Carvalho levante el vuelo con unas alas que esta mañana parecen más jóvenes que otras veces. Biscuter ha acabado por distinguir entre las investigaciones profesionales y rutinarias de aquellas en que Carvalho pone parte de su piel y si es necesario su sangre. A Carvalho le excitan los casos de ancianos. Se trata quizá de una solidaridad preventiva o de una premonición de estado. Además, ha charlado por teléfono con Teresa y hay una cita pendiente en el estudio del falso recepcionista de Aseguradora Universal, S. A.

-Si denuncian la superchería, su amigo va a pasarlo muy mal.

-No se preocupe. El estudio es de su padre, un señor muy importante de esta ciudad. De ésos a los que nunca les pasa nada. Y el teléfono va a su nombre.

Carvalho consulta una guía de la ciudad sobre la mesa de su despacho. Hasta allí le llega el grito de Biscuter desde la cocina situada a medio camino entre el despacho y el retrete.

-Por fin, jefe. La vichyssoise. Cuando no me olvido los puerros me olvido la sal de apio.

Aparece Biscuter triunfal con un gran cuenco lleno de la sopa blanca.

-Bien fresquita y con el perejil recién cortado.

Carvalho parece ensimismado, pero reacciona al tiempo que dice:

-Lo siento, Biscuter, pero tengo que salir.

-Pero si está en su punto.

Carvalho olisquea la sopa. La prueba con una cuchara de madera que le tiende Biscuter.

-Le falta pimienta blanca.

Se lleva Biscuter las manos a la cabeza.

-¡Ya decía yo! ¿Tardará mucho, jefe?

-Me voy de monjas. No olvides la pimienta blanca.

Pero antes de las monjas está la cita con Teresa y el cómplice, un jovenzuelo delgado y azulado, que respira, y sin duda alguna vive, con dificultad, pero que desempeña entusiasmado su papel conspiratorio.

-Primero ha llamado la tía y he recitado la comedia tal como había convenido. Luego ha llamado el abogado y le he pasado a Teresa, como si fuera la secretaria del gerente.

-Y yo le he dicho que el señor gerente no podrá recibirle hasta dentro de tres días porque está en Suiza negociando unos avales. ¿He hecho bien?

-Excelente la elección de Suiza. Es uno de los países más seguros del mundo.

-Si quiere le cuento una anécdota suiza.

-Son mis preferidas.

-Yo viví un tiempo en Ginebra cuando salí del internado. Trabajaba como intérprete y traductora en las oficinas de la Unesco. Cada mañana sacaba mi bolsa de la basura y poco a poco me fui dando cuenta de que los vecinos me miraban con un cierto disgusto. No creo que mi basura sea más olorosa que la de ellos, y sus bolsas también estaban allí a la espera del servicio de recogida. Hasta que un día me harté y me encaré con mi vecina. ¿Qué pasa contigo, tía? Resulta que estaban molestas porque todas sus bolsas eran negras y la mía granate. ¿Increíble, no? Tampoco me había salido de la regla del todo. En Suiza sólo fabrican bolsas de basura en dos colores, negro y granate.

Carvalho le propuso continuar explicando historias suizas en el transcurso de un almuerzo, pero ella opuso un compromiso previo con el telefonista. El muchacho tragó saliva, aliviado, y Carvalho dejó a Teresa en sus manos temblorosas de enfermo.

Por el claustro monacal avanza a pasos cortos una monja que se adivina joven a medida que se acerca a Carvalho. La monja queda en silencio ante Carvalho y al detective se le ocurre un...

-Ave María Purísima

... que pone desconcierto en los ojos hermosos y plácidos de la religiosa. Desconcierto y silencio.

-En mis tiempos se saludaba así a las monjas y ellas contestaban: «Sin pecado concebida».

A la monja le viene la risa y se tapa la boca con una mano. Se le corta la lógica y lanza al vuelo la mirada para no tener que aguantar la de Carvalho.

-Perdone, pero me ha sorprendido. Ya no se usa.

Carvalho se encoge de hombros, como aceptando la fatalidad del paso del tiempo. La monja da media vuelta y Carvalho la sigue por el claustro. Saca la muchacha un pesado llavero de algún pliegue de sus faldones y abre un portón que les conduce a un salón lleno de nada y algunos cuadros viejos y otro portón a otro salón con el casi nada de una austera larga mesa y otro portón a un salón no menos desnudo. Y mientras abre el paso al detective, la monja le insta:

-No la canse. Dolores es muy viejecita y ya le quedan pocas palabras. Sólo oye lo que quiere y pocas veces contesta.

Y Dolores está allí, en una silla de ruedas que parece un pequeño insecto impotente en el centro de un salón a todas luces excesivo. Es una viejecilla con poco y blanco cabello, semiderrumbada en la silla, pero que aún aguanta una mirada viva y nerviosa como sus labios temblorosos e iluminados por una saliva incontenible.

-La vienen a ver, señora Dolores. ¿Ve qué bueno es este señor?

Se encoge de hombros Dolores.

-¿Y qué bueno es Dios Nuestro Señor que se acuerda de usted y le envía visitas?

Vuelve a encogerse de hombros la vieja, que observa con sus ojillos a Carvalho.

-Le viene a hablar de don Ricardo, que Dios tenga en su gloria, de su señor.

Los ojos de Dolores se agudizan, son estiletes clavados en la cara del detective, pero sus hombros se encogen, porque han de encogerse, porque no tiene ya una edad para expresar de otra manera que todo le importa un carajo, piensa Carvalho, al que se le escapa una sonrisa de complicidad con la vieja. Y ella se sabe protagonista, cierra los ojillos, finge dormir.

-Es más pilla... Ahora hace ver que duerme, pero ¿verdad que no duerme, señora Dolores?

Y la monja le hace cosquillas y la señora Dolores se ríe como una niña, pero sin abrir los ojos. La monja le hace un gesto de impotencia cómplice a Carvalho.

-La conozco. No tiene el día. No quiere decir nada. Carvalho se inclina, su rostro está a la altura del de la vieja durmiente.

-¿No me quiere decir nada de don Ricardo?

Y ahora Dolores lloriquea y le dice a la monja:

-Yo soy buena, hermanita. Yo me porto bien. No quiero que me hagan nada.

-¿Y quién le va a hacer algo, mujer? ¡Qué cosas tiene!

De nuevo hay astucia en el rostro de la vieja. Carvalho le susurra:

-Don Ricardo.

La vieja contesta:

-Un santo.

Carvalho vuelve a susurrar:

-Sus hijos. Doña Jacinta.

Y la vieja sin pensárselo dos veces contesta: -Una mala puta.

Y da por terminada la audiencia porque finge dormir y hasta ronca. La monja se ha llevado una mano a la cara.

-¡Qué mal hablada! La voy a castigar, señora Dolores. No le daré la ensaimada que le he prometido.

Y la vieja durmiente se encoge de hombros sin dejar de dormir. La monja invita a Carvalho a salir, le da la espalda, le marca el camino de regreso mientras primero comenta:

-Es una ingrata. Con el bien que le han hecho doña Jacinta y su hermano. Es la edad. Dicen lo primero que les viene a la cabeza.

Luego, en la penúltima vuelta, arrugado el joven entrecejo:

-Me ha dicho la superiora que le pidiera que recordara a doña Jacinta que hace tres meses que no envía la pensión de la señora Dolores. No es que vayamos a echarla. Pero los tratos son los tratos.

Suena el despertador y el brazo desnudo de Carvalho sale de entre las mantas en busca de su garganta estridente. Más que apretar el botón de paro, la mano parece querer estrangular el despertador.

-¿Qué hora es? -pregunta una voz femenina de entre las sábanas.

-Las ocho.

-¿Las ocho?

Hay indignación y brusca alzada en el cuerpo de Charo, que emerge desnudo hasta la cintura.

-¿Tú crees que son horas de ir por el mundo?

-Me voy de excursión.

Hay indignación, perplejidad, desorientación en la cara amanecida y en las tetas igualmente amanecidas de Charo.

-No estoy en mi casa.

-No. Estás en la mía -dice Carvalho, camino de la ducha.

-Nos metemos en la cama a las cuatro y te levantas a las ocho. Estás loco.

Se zambulle Charo entre las sábanas. Al rato asoma un ojo y grita:

-No olvides la cantimplora.

Los hermanos Álvarez de Enterría le esperaban delante de la Pedrera. Carvalho los vio discutir a lo lejos y pasó por alto la cara de perro indignado consigo mismo con que le recibieron. Había sido imposición de ellos hacer en un mismo día la visita del piso urbano de don Ricardo y de la residencia campestre donde había muerto. Don Felipe no podía perderse un torneo internacional que empezaba al día siguiente en el club de golf de Sant Cugat y doña Jacinta pretextó ocupaciones metafísicas sobre cuya concreción Carvalho no se atrevió a indagar. El piso urbano de don Ricardo estaba en la rambla de Cataluña, en una escalera importante donde el modernismo había dejado una joven diosa con la cabellera floral sirviendo de marco a los escalones que llevaban a un ascensor, diríase que hecho en ocasión de alguna visita del zar de todas las Rusias a Barcelona. El ascensor subía corresponsable con su antigüedad y los llevó a un piso donde podían vivir cómodamente dos familias, con un tanto por ciento estadístico muy bajo de posibilidades de encontrarse una vez al año en el vestíbulo. Pero sólo eran habitables tres o cuatro habitaciones, las que daban a un patio interior del Ensanche, característico horizonte de trastiendas de familias respetables, retícula de celosías, cenadores, invernaderos acristalados, macetones de azulejos al servicio de palmas de un verde interiorizado, rejerías historiadas fingiendo ser balcón o límite entre patios y vegetaciones e inmenso jardín colectivo, romántico, abandonado, aislado, en una ciudad que ya no era lo que había sido. Estaban impacientes los hermanos ante el entregado contemplar de Carvalho, y como los carraspeos no les sirvieron, fue doña Jacinta la que le preguntó por su parálisis.

-Siempre me conmueve el espectáculo de estos interiores de las manzanas del Ensanche.

-Conmuévase otro día, que hoy tenemos una agenda muy apretada.

-¿Por qué eligió su padre vivir en la zona que daba al patio interior?

-Y yo qué sé. Tal vez porque era más tranquila y no le llegaba el ruido de la calle. O igual se sentía más seguro, más escondido. Era un viejo muerto de miedo.

Una de tres: o a doña Jacinta no le gustaban los viejos o no le gustaban los viejos con miedo o no le gustaba ningún otro poblador del universo que no fuera ella. Carvalho se inclinó por la tercera posibilidad y recorrió seguido por doña Jacinta las tres habitaciones que habían presenciado los últimos años del «topo». Un dormitorio con una cama de matrimonio *art déco* y un armario inglés sobrio como un *cocktail party* presbiteriano. Un estudio donde sólo había libros y una ancha pero liviana mesa de pino sobre dos trípodes sin pintar ni barnizar, el cuarto de baño envejecido y súbitamente sucio de tristeza y olvido, una cocina en la que se había cocinado poco en los últimos diez años, el que había sido cuarto de Dolores, no mucho mejor que el que le correspondería en el convento. La biblioteca reunía ejemplares en su mayor parte encuadernados, sin más concesiones a la modernidad que los filósofos de entreguerras, Ortega y Gasset y Bertrand Russell incluidos. Cuatro o cinco trajes en los armarios. Viejas camisas en los cajones. Media docena de calcetines largos, de liguero. Corbatas anchas. Tres pares de tirantes.

-Perdió la vida y la vista entre tanto libro.

-Tenía la cabeza llena de letras.

-Menos leer y más vivir.

-La pobre mamá fue una mártir.

-Hasta sabía hablar en latín y leía libros en griego.

Los dos hermanos se despachaban a su gusto, en un doble soliloquio que recordaba los cantos cruzados de los distintos personajes de las óperas y las zarzuelas. A Carvalho le molestaban aquellos ruidos de fondo, empeñado en meterse en lo que quedaba de la atmósfera residual pero íntima de Ricardo Álvarez de Enterría.

-¿Esto fue cuanto dejó?

-También había un reloj que se empeñó en que fuera a parar a mi sobrina.

-¿Tienen ustedes una sobrina?

-Éste tiene una hija. De lo que no estoy tan segura es de que sea sobrina mía.

-Realmente no era un potentado.

-A pesar de ser un hombre de posibles, vivía muy modestamente. Eso hay que reconocérselo.

-Mejor para los herederos.

-Si mi madre hubiera vivido más tiempo, más habríamos heredado. Ella sí valía.

-Mamá era un lince.

-Una ardilla.

Dejó que los dos hermanos se pusieran de acuerdo sobre la clase de animal que era la madre y Carvalho merodeó por el piso, abrió cajones, puertas, hasta revisó el sostenedor del papel higiénico de un baño de paredes altas y tragaluz abierto a la inmutabilidad de una arenosa fachada de patio interior.

-¿Han retirado alguna cosa?

-No. Ni la ropa siquiera. La habrá visto usted colgada. Apenas si se hizo ropa. Era muy pulcro y conservaba trajes de antes de la guerra, como hasta 1939 siempre fue vestido de militar.

Don Felipe quiso ponerse nostálgico.

-Tenía muy buena planta.

-Para lo que le sirvió.

-Por lo que parece, usted, señora, considera que las guerras siempre hay que ganarlas.

-Al menos no hay que perderlas. -Y echó la cabeza atrás retadora, una cabeza patatal llena de verrugas desorientadoras de la orografía del rostro.

Eran dos lerdos impacientes, inútilmente impacientes. Carvalho no se explicaba la sensación de prisa que comunicaban, la prisa por la prisa, la ansiedad por comprobar que no tenían nada qué hacer, nada qué pensar, nada qué imaginar. Emitieron toda clase de indirectas para que Carvalho acabara cuanto antes su inspección, y cuando se convencieron de que eran inútiles, se desentendieron de él. Ella sacó una baraja española de un excesivo bolso de excesiva piel de cocodrilo y se puso a hacer solitarios. Él conectó un viejo televisor en blanco y negro que estaba en la cocina y se sentó para contemplar alelado el hormigueo de las líneas y los puntos luminosos, empeñados en encontrar una imposible salida más allá de los límites de la pantalla. Carvalho recorrió las habitaciones vacías. En una de ellas aún pendían algunas fotografías amarillas enganchadas con chinchetas sobre el revestimiento de papel: una foto del entierro de Franco, Einstein, Roosevelt con su mujer, Manuel Azaña en un mitin en una plaza de toros de Valencia, según constaba en el dorso. Ni un rincón sin examinar, ni una huella sugerente. Se imponía la lectura global de una vida destinada al goce de las mejores arqueologías de una juventud: los recuerdos de la esperanza republicana y de la guerra civil los más importantes. Cuando Carvalho volvió a la zona habitada, don Felipe se había dormido en su silla y la mujer componía el gesto precipitadamente, como si continuara entregada a sus solitarios. Carvalho había advertido un seguimiento constante, sañudo, como la sombra del ama de llaves de Rebeca sobre los pasos de la pobre Joan Fontaine.

-Por mí podemos marcharnos.

-Ya era hora. De aquí a San Miguel de Cruilles al menos tenemos una hora y media de coche.

Hubo un breve forcejeo sobre el coche a emplear para el traslado a San Miguel de Cruilles. Carvalho impuso su coche para estar en condiciones de elegir restaurante y no someterse al previsible mal gusto de los dos hermanos.

-Podríamos pararnos a comer en la autopista.

-¿Se alimenta usted acaso con gasolina?

-No. Pero me da igual comer cualquier cosa.

-Y a mí también.

-Pueden comer unos hermosos bocadillos de pan con pan y una película de jamón que sabe a pienso compuesto. Los hacen muy buenos en las cafeterías de la autopista. Yo comeré tranquilamente en La Marqueta de La Bisbal: caracoles con cabra y bacalao al roquefort.

-¿Qué porquerías son ésas? ¿Caracol con cabra?

-La cabra es una especie de centollo casi vacío que en la costa del Ampurdán se emplea para dar sabor.

-¿Bacalao al roquefort? ¿Tiene gusanos el bacalao?

-Es una buena idea, se la sugeriré a Savalls, el propietario del restaurante. Es un hombre imaginativo.

-¡Qué horror! ¡Bacalao al roquefort!

Dejó a los hermanos aparcados ante una copa de Drambuie la una y un carajillo de ron el otro, para irse a comer al figón de Savalls. Media hora después salió de La Marqueta reconfortado de alma y cuerpo y bien informado sobre la leyenda de doña Jacinta y su difunto esposo, juez de anodina memoria que no tuvo tiempo de restaurar la vieja masía de San Miguel para gozarla, ni siquiera *in articulo mortis,* porque murió atropellado por una Ducati 750 cc cuando cruzaba la calle hacia el ejemplar de *El Correo Catalán* de todas las mañanas. Objetivo desgraciado, porque *El Correo Catalán* de aquel día, 20 de noviembre de 1975, salió a la calle sin enterarse de que Franco ya había muerto, siendo el único diario del mundo que no dio la noticia a su hora.

-Pobrecito. Lo había oído por la radio y quiso asegurarse -explicó doña Jacinta, al tiempo que el coche de Carvalho se detenía ante el portalón de metal verde de la finca.

Abrió don Felipe entre jadeos borbónicos y Carvalho metió el coche por un senderillo de piedras planas emergentes de un alfombrado prado bien recortado. El senderillo le llevó ante la puerta de una masía evidentemente restaurada, con la faz semicubierta por una poderosa buganvilla en hibernación. Una vez dentro, Carvalho recorrió la casa mortificada por una restauración que había colocado living donde había cuadra y estudio para estudiar nada en el altillo de la paja. Don Ricardo había muerto sobre aquella cama Thonet y tal vez su última mirada se posó sobre un musiquero que servía de estantería para escasos libros, sin duda comprados a peso en una liquidación vergonzante de El Corte Inglés.

-¿Qué hay ahí detrás?

-Una pequeña habitación que mi marido hizo construir disimulada por el armario. Allí guardamos los electrodomésticos que nos pueden robar o los cuadros cuando termina la temporada de veraneo. La casa queda muy solitaria y la mujer de la limpieza durante el año sólo viene dos días por semana desde el pueblo de al lado.

Apartó Carvalho el armario y se hizo abrir la puerta de la habitación por un molesto Luis XX arruinado por la digestión de un bocadillo de salchichón gran liquidación fin de temporada. Una pequeña estancia sin ventanas iluminada por una bombilla cenital. Carvalho recorrió la pared maquinalmente con la yema de los dedos y de pronto sus ojos cayeron sobre una inscripción hecha con una punta metálica, tal vez con la punta de un llavín. «Esta vez podrían conmigo.»

Carvalho se asomó a una ventana enrejada atraído por la perspectiva del camino que se iba hacia el bosque, como si arrancase desde la ventana o terminara en ella. Fue entonces cuando vio al hombre alto, recio, rubicundo, de gruesas gafas y gruesos lentes que le sepultan los ojos en un océano de distancia. El hombre le hizo una seña, un sigiloso ademán de aproximación, pero fue él quien fue avanzando hacia la reja para pegar sus labios gruesos al hierro y musitar:

-No se crea nada de lo que le digan. Son mala gente. Don Ricardo no se fiaba de ellos.

Con un dedo instó a Carvalho a que saliera de la casa y se reuniera con él camino adelante, señalaba ahora la mano del hombre tendida hacia el horizonte del bosque. Carvalho desanduvo lo andado, recuperó a los dos hermanos, silenciosos, con cara de tedio, sentados frente a frente en los sillones del living pero sin mirarse, como si esperaran la señal de partida.

-Voy a estirar las piernas.

-¿Adónde va a estirar las piernas?

El tono conciliador de doña Jacinta era tan forzado que dejaba ver toda la agresividad reprimida.

-Un lugar ideal es un camino y he visto uno desde la ventana.

-Acompáñale, tú. El señor no conoce estos alrededores.

-¿Yo? ¿Qué?

Despertaba del ensimismamiento el golfista y no captaba el porqué de la gesticulación entre crispada e insinuante de su hermana.

-Gracias, pero puedo ir solo.

Y no les dio tiempo a que se pusieran de acuerdo. Ya en el jardín, Carvalho los vio al otro lado del cristal, gesticulantes, con la agresividad de la señora Jacinta volcada sobre su hermano, que se defendía, sin duda alegando desconocimiento de causa y somnolencia. Carvalho buscó el camino que partía de la ventana enrejada y lo siguió hasta llegar al límite del bosque. Del interior de la fragua le llegó un chist de advertencia y al adentrarse en seguida vio al gigante rubicundo insuficientemente escondido detrás de un alcornoque.

-¿No le han seguido?

-¿Para qué iban a seguirme?

-No me gustaría que se metieran conmigo. Especialmente ella. Verá usted, yo soy un rara avis -aseguró el hombre.

Y ahora Carvalho se daba cuenta del porqué de la aparente pérdida de sus ojos tras los gruesos cristales. Además de gruesos estaban rotos.

-Yo no soy de aquí. Yo soy de Barcelona, pero un buen día me cansé de ganar dinero haciendo chorradas y me vine a vivir a este pueblo. Y me vine con toda la familia y con una mano atrás y otra delante. No todo el mundo lo entiende y me mira como a un bicho raro. Especialmente personas como doña Jacinta y su hermano, que son como sanguijuelas. Van por la vida de chupópteros.

-¿Qué hacía usted antes de meterse en este convento? -le preguntó Carvalho, señalando el marco de la aldehuela.

-Era especialista en informática. Uno de los primeros que empezó a funcionar en este país. Un experto en ibeemes, como se las llama.

-¿Y ahora?

-Doy algunas clases. Hago pequeños trabajos que me salen. Mi mujer también hace lo mismo. Pero soy feliz. Vivo en un mundo sin paredes, ni bedeles, ni relojes que marcan el tiempo que le vendes a un patrón. El viejo lo entendía. Don Ricardo era un tipo cojonudo. Yo le enseñaba los secretos del bosque. Dónde se crían las setas. Las madrigueras de los hurones. Estos bosques son extraordinarios y salvajes. Aún no los han estropeado los contratistas de obras.

-¿Eran muy amigos usted y don Ricardo?

-Siempre que venía me buscaba y pegábamos la hebra, camino arriba, camino abajo. A mí me gusta filosofar y a él le gustaba escuchar. Nunca leí en sus ojos que me estuviera llamando pesado.

-Comprendo.

-Dudo que lo comprenda. La gente de aquí es gente buena, pero no se fía de las palabras.

-Me parece una sabia costumbre.

-Pero a mí me gusta hablar.

-Lo siento.

Era un gigante triste el que abría el camino del bosque ante Carvalho.

-Cuando don Ricardo vino para morir, ¿usted le vio?

El gigante se quedó quieto y luego se volvió lentamente. En su cara había aparecido la malicia y una expresión de cazador satisfecho, como si Carvalho hubiera hecho o dicho lo que él había estado esperando.

-No. Nadie le vio. Sólo le vimos muerto.

Y los ojos del gigante superaron el rostro de Carvalho para ir en busca de la casa, de los dos hermanos, de una dramática sordidez presentida. La voz del gigante suena en *off.*

-Por cierto. Al entierro ni siquiera vino la señora con la que venía a veces a pasar los fines de semana.

-Su nieta. Estaba de viaje.

-No. Su nieto, no. Otra.

Ha dicho otra con especial intención.

-¿Otra? ¿Tiene nombre esa otra?

-Lo tiene.

-¿Usted lo sabe?

-Lo sé.

No despegaron los labios hasta que las indirectas de Carvalho fueron más audaces y se convirtieron casi en preguntas directas. Empezó glosando la vida solitaria del viejo, la necesidad que a esas edades se tiene de afecto, de personas que te hagan caso, ustedes mismos pueden comprobarlo cada día. Hay un racismo social contra los viejos. Se les habla como a tontos, como a niños. Se les suponen carentes de los mismos deseos y frustraciones que asaltan a los demás seres humanos. Casi creyó haber enternecido a don Felipe, que le escuchaba maravillado ante aquella imagen sensible y comprensiva del agente de seguros. Pero doña Jacinta no estaba para contemporizaciones.

-Si estaba solo es porque quería. Hizo lo que quiso con su vida y de paso nos amargó la de los demás. No olvidaré nunca aquellos años cuarenta que me hizo pasar. Era el momento en que una señorita ha de debutar en sociedad, ocupar el lugar que le corresponde. Y por sus malditos antecedentes políticos vivíamos como apestados.

-Me refería a los últimos años. ¿Nunca tuvo tentaciones don Ricardo de volver a casarse?

-¿Casarse?

A Carvalho le irritan las carcajadas que responden a modelos de malos de películas de Hollywood y las de doña Jacinta parecían un resumen de la historia del sarcasmo malvado en el cine norteamericano. O disimulaba muy bien o no estaba al caso de los últimos estertores amatorios de su padre. Los hermanos habían dejado de interesarle por el momento y los apeó en Barcelona, a tiempo de poder acercarse a las señas que le ha dado el gigante rubicundo. Una planta baja de una calleja en los traseros recoletos de la plaza de Lesseps. Todo responde a la escenografía de una editorial. Libros por doquier, máquinas de escribir, un ir y venir de personajes miopes con el dedo acercándose las gafas a los ojos y silencio de trabajo intelectual racionalizado. De una mesa del fondo se levanta una mujer y se acerca a donde está Carvalho, de pie, más allá de la frontera de la recepción, donde una telefonista descuelga una y otra vez el teléfono para repetir la salmodia.

-Ediciones Cumbres Mayores. Diga.

Es una mujer casi joven, casi madura, con el cuerpo delgado y suelto, sin trabas de sostenes y una manera de mirar de feminista a macho explotador respaldada por el símbolo feminista colgante sobre su escote.

-¿Qué desea?

-Hablar con usted. ¿Puede ser fuera de aquí?

-No. Esto es una fábrica de cultura. Hay que marcar reloj al entrar y al salir y sólo puedes salir si se te ha muerto el marido. Por ejemplo.

-¿Si se te ha muerto el amante, no?

-Lo propondré cuando discutamos el convenio. Sígame.

Es un minisalón de recibir a minivisitas. Las rodillas de Carvalho y de la mujer se tocan cuando se sientan el uno frente al otro. Tampoco queda demasiada distancia entre sus caras.

-¿Todas las relaciones culturales son tan próximas?

-No quedaba más espacio que éste.

-Muy sugestivo.

No parece una mujer dotada del sentido del humor, y en el rápido abrir y cerrar de ojos advierte que no quiere perder el tiempo.

-Vengo a propósito de la muerte de don Ricardo.

Alarma en los ojos de ella o tal vez simple curiosidad.

-Usted solía ir con él a pasar fines de semana en la finca de Gerona.

-A veces.

-¿Motivos culturales?

-Evidentemente. Le hacía preguntas sobre historia y hacíamos el amor. Tanto lo uno como lo otro son formas culturales.

-¿A qué tipo de historia se dedica usted?

-Quisiera dedicarme a la historia oral. Es decir, recoger en directo el testimonio de personajes que han vivido una época histórica determinada. Ricardo era un «hombre topo», supongo que lo sabe.

-Historia oral. Y de la historia oral pasaron al amor... ¿oral?

-Eso era cosa nuestra. ¿Le sorprende que hiciera el amor con un septuagenario?

-Mucho más aún que el septuagenario, casi octogenario, lo hiciera con usted.

-Puedo ser muy excitante cuando me lo propongo.

-No lo pongo en duda.

-Ricardo era un hombre maravilloso y un amante racional. Estoy haciendo una tesis sobre la represión franquista y el capítulo de los «hombres ocultos» tiene muchas dificultades.

-¿Cómo se enteró de su muerte?

-Pasaban los días. No me llamaba. Finalmente llamé yo y la bestia parda de su hija me lo dijo.

-¿Sabían sus hijos que usted y el viejo tenían confrontaciones culturales?

-No.

-¿La nieta?

-Menos.

-¿Por qué menos?

-Porque la única muestra de poder burgués que conservaba Ricardo era que su nieta no se enterara de lo nuestro. De hecho era lógico. Estaba enamorado de ella.

-Caray con don Ricardo.

La mujer le estudia y hay socarronería en sus ojos y en su voz cuando le advierte:

-Me gustaría charlar de todo esto con usted dentro de treinta años, cuando usted cumpla ochenta o algo por el estilo. Sin duda agradecerá entonces un encuentro con una mujer como yo.

-Soy un personaje poco interesante. No merezco pasar a la historia. Ni siquiera oral.

-¿También es insignificante haciendo el amor?

-Si le digo que eso no me lo dice usted en mi cama se lo va a tomar como una machada.

-No esperaba menos de usted.

-Las cosas claras.

Hay juerga de fondo entre el hombre y la mujer.

-¿De qué murió don Ricardo?

-Del corazón, me dijo su hija.

-¿Usted se lo cree?

-¿Por qué no? ¿No hay que creerlo?

Carvalho se fija en un anillo matrimonial que la mujer hace rodar en torno del dedo.

-¿Casada?

-Separada. Pero este anillo me lo regaló Ricardo. Quería casarse conmigo. Le dije que no.

Carvalho se levanta y deja en el aire un comentario.

-Le utilizó como un hombre objeto.

-Puede decirse que sí.

Y ya en la puerta la voz de la mujer sugiere, trémula:

-No se lo comente a su nieta, por favor. Me parecería una traición al viejo.

Teresa le había dejado un recado urgente en el despacho: «Nos han visto el plumero». Carvalho se trasladó inmediatamente al estudio del muchacho azul y allí estaban los dos cómplices abrumados por las circunstancias. En cuanto vieron a Carvalho se agarraron a él como si fuera el único que tuviera la llave maestra para sacarlos del encierro.

-Mi tía ya sabe que la compañía de seguros no existe. Ha telefoneado hace tres horas diciendo que mandaba a la policía.

-Tiempo suficiente para que ya haya venido.

-La verdad es que cuando hemos oído que usted llamaba al portero automático hemos pensado que era la policía.

-Primero ha vuelto a llamar el abogado. Esta vez ya tenía sospechas, porque hacía preguntas muy directas sobre la compañía, el gerente y finalmente ha insistido en que le diéramos la dirección para venir personalmente. Entonces Luis ha hecho ver que se cortaba la comunicación y ha mantenido el teléfono descolgado durante una hora. Me ha llamado y he venido corriendo. Hemos tratado de localizarle. Finalmente nos hemos puesto nerviosos y hemos vuelto a conectar el aparato. No han pasado ni cinco minutos sin que volviera a sonar. Esta vez era mi tía. Era la voz de una fiera. Casi se le cortaba la respiración cuando hablaba, bueno, hablar es mucho decir, cuando gritaba como una loca. Yo no podía ponerme para que no me reconociera la voz y Luis ha aguantado todo el chaparrón. Ella ya sabía que esto no era una compañía y nos ha demostrado que conocía la dirección.

-La debe haber conseguido mediante algún enchufe en la Telefónica. De todas maneras es curioso que sabiendo la dirección y estando indignada, aún no haya aparecido por aquí ni ella, ni el abogado, ni la policía. Lo primero que hay que hacer es dejar esto. ¿Tú vives aquí, muchacho?

-Qué va, es un picadero que utiliza mi padre de vez en cuando.

-Pues vámonos y que se tomen la molestia de localizarnos. Si van a por ti has de decidir una posición: o te cierras de banda y dices que tú no sabes nada y que alguien ha hecho una broma desde este piso, o asumes que es una broma. Si asumes que es una broma, has de reconocer que estás de acuerdo conmigo, aparezco yo. Tú decides.

-Yo soy músico. Yo no sé nada.

-Perfecto. Les daremos un día de tiempo. Si en un día no se movilizan, entonces nos movilizaremos nosotros.

Limpiaron las huellas digitales donde les pareció más fácil que hubieran quedado y salieron en sendos turnos del edificio para encontrarse en una cafetería situada junto a la calle de Ganduxer. El muchacho pretextó una urgencia y se marchó, no sin dejar a Teresa envuelta en una mirada de borrego degollado.

-¿Es su novio?

-¿Bromea? No se burle del chico. Está muy enfermo. Morirá antes de que pueda dejar de ser un adolescente. Es uno de esos que llaman «niños azules». Le miman mucho en su casa, le llevan por ahí de viajes y en uno en el que yo hacía de guía le conocí a él y a sus padres. Es una persona maravillosa. Como todas las personas débiles.

Le molestaba hablar de Luis y pasó a someter a Carvalho a un directo interrogatorio sobre sus descubrimientos.

-Su tía es una mala bestia.

-Eso es obvio.

-Y su padre, un majadero.

-Lo siento, pero es una verdad como un templo. ¿Nada más?

-Odiaban a su abuelo, y su tía a usted no le tiene demasiado afecto. Por cierto, ¿su tía no tiene hijos?

-La operaron muy joven y quedó estéril.

-La naturaleza a veces es sabia. Pienso que hace una noche maravillosa para que vayamos a cenar por ahí.

-Llueve. Hace frío. Es una primavera fría y horrorosa. No corra tanto. No me gusta que se me echen encima. Cuando sea, sonará.

-¿Le gusta a usted comer bien?

-Tengo un paladar curioso y bastante experto.

-Lo supe desde la primera vez que la vi. Ya que está usted decidida a que sólo mantengamos relaciones profesionales, dígame dónde puedo ampliar la información sobre su abuelo. ¿Tenía amigos? Usted me ha hablado de que se relacionaba con círculos republicanos.

-Antes solía ir a una tertulia a un centro republicano. Una vez fui a buscarle, presumió de nieta, pero a mí aquello me pareció una variante del Hogar del Pensionista.

-Los viejos me gustan. Cuando quieren ser amables son una delicia y cuando se indignan siempre tienen razón.

Charo sí estuvo dispuesta a ir a cenar. No tenía ningún cliente aquella noche y la entusiasmaba echarse a la calle con su Carvalho por banda, cara al viento, a toda vela. Pasó por alto el poco apetito que Carvalho exhibiera, su ensimismamiento acentuado, la pasividad extrema que exhibiera en los prolegómenos del amor. No era la primera vez que Carvalho no estaba allí estando, no entrara en ella entrando. Pero aquella noche Carvalho estaba en algún lugar del que no quería regresar y no valía la pena perder el tiempo tratando de devolverle a aquella sala de estar en Vallvidrera, ante la chimenea encendida gracias al impulso inicial de *El oficial prusiano y otras historias* de D. H. Lawrence. Charo rescató una página semichamuscada que había quedado al margen del centro de la hoguera y leyó el mensaje superviviente: «Con el tiempo los Lindley perdieron todo dominio de la vida y se pasaban las horas, las semanas y los años simplemente regateando para poder vivir, reprimiendo y puliendo amargamente a sus hijos para convertirles a la nobleza, empujándolos a la ambición y recargándolos de deberes...» Era cuanto podía leerse y Charo se quejó a Carvalho de que por culpa de sus manías le impidiera saber cómo empezaba y cómo acababa aquella historia tan bonita. Las novelas en las que salen muchos padres y muchos hijos suelen ser bonitas, muy tristes y muy alegres a la vez, Pepe, porque cada hijo vive su vida y cada padre se muere de una manera diferente.

-¿De qué te quejas? ¿Cuál fue el último libro que leíste?

-Un libro sobre Televisión Española. Salían todos los artistas y los presentadores de la tele.

-No te conviene leer. Sólo tiene sentido que lean los que escriben libros, porque de hecho se escribe porque antes se han leído otros libros. Pero los demás no deberían leer. Los únicos lectores de los escritores deberían ser los mismos escritores.

-Pues vaya teoría. Es como si dijeras que los únicos clientes de los detectives privados deberían ser los detectives privados. Cuando te pones atravesado dices cada tontería. ¿Qué te pasa esta noche?

De todas las ternuras de las que Charo era capaz, la única intolerable era la que trataba de convertirle en un niño con la cabeza en su regazo y contándole lo mal que le trataban en el colegio.

-Déjalo. Tengo entre manos un caso triste y estoy triste. A veces tengo un caso alegre y estoy alegre.

-A mí no me engañas, Pepe. Tú estás más preocupado que otras veces. ¿Corres peligro?

-El de oler a mierda.

Pero sus narices no evocaban precisamente ese olor, sino una vaharada de lavanda inglesa que le había llegado del cuerpo de Teresa, cuando se había inclinado sobre la mesa para dar un beso de despedida al «niño azul».

-He conocido a un «niño azul», Charo.

-¡Pobrecillo! ¿Era muy pequeñito?

-Unos veinte años.

-¿Y a los veinte años era un «niño azul»?

-Que se sea un niño azul no quiere decir que sea exactamente un niño. Son personas con una insuficiencia cardíaca especial. Tienen un color azulado. Viven pocos años.

-Ahora lo entiendo todo.

Carvalho sentía remordimientos por haber utilizado por segunda vez a aquel moribundo. La primera como cebo de una investigación, la segunda como un capote que alejaba las finas narices de Charo del olor a lavanda inglesa de Teresa.

Bastaba la declaración de principios de un retrato de don Manuel Azaña en el vestíbulo y una bandera republicana enganchada con chinchetas en la pared, a poca distancia del algodonoso rostro de don Manuel. Ancianos pulcros de castellano rutilante se dividían en tres o cuatro grupos en una sala de estar abierta a un patio ciego del barrio Gótico barcelonés. En un grupo se juega al subastado y las voces se cruzan con el grupo que eleva la voz como consecuencia de la elevación misma del tema de la conversación.

-¿Qué habría pasado si Ramón Franco en vez de pasarse al bando de su hermano se hubiera quedado con la República?

-Pues que habríamos perdido la guerra antes, porque ése hundía lo que tocaba.

-Menos los aviones. Porque lo del *Plus Ultra* le salió bien.

-¿A qué santo vamos a especular ahora sobre lo de Ramón Franco? Si tú me dices: ¿qué habría ocurrido si las grandes potencias hubieran bloqueado realmente, insisto, REALMENTE, a los facciosos? Ésa es la pregunta. Ésa es la pregunta que tengo aquí, en el buche, desde 1936.

-Pues suéltala pronto o te la llevas a la tumba.

-¿A la tumba, yo? Yo aún he de ver la tercera república.

Un viejo descubre la presencia de Carvalho, se levanta, se separa del grupo y va hacia el detective.

-Usted es el que me ha telefoneado.

-Así es. Se trata de don Ricardo.

-Don Ricardo. ¡Ay, don Ricardo!

Invita a Carvalho a que le siga y le conduce hasta el ángulo más alejado y silencioso de la habitación.

-Pero, don Luis, dígame usted, por favor. ¿Para qué coño se ha guardado usted esa sota de oros?

-Por si las moscas.

-Pues se la han comido las avispas.

Salen las voces de la mesa del subastado y el acompañante de Carvalho lanza un suave chist que consigue bajar las voces. Se sientan en torno de una mesa camilla. Carvalho examina al viejo delgadillo y pulcro que tiene delante a la espera de sus palabras, pero el viejo parece tener la misma intención de examen y distancia.

-Muy animado esto -se decide finalmente Carvalho.

El viejo abarca con la mirada lo que puede ver de salón.

-Pues hoy aún tienen un día discreto. Tendría usted que oírnos discutir sobre si lo más importante era ganar la guerra o hacer la revolución.

-¿Así, en abstracto?

-No. En referencia a la guerra civil.

-Ah. ¿Es que podían elegir?

-Según parece, sí, en mayo de 1937, a raíz de lo ocurrido en Barcelona.

-¿Y qué eligieron?

-Ganar la guerra.

-Enhorabuena.

Ríe el viejo para recuperar de pronto la seriedad y aducir:

-No hacemos daño a nadie y ya no estamos en condiciones de provocar ni la guerra ni la revolución. Volver a todo aquello sería una monstruosidad. Estalla otra guerra civil y yo me quedo helado, como un pájaro.

-¿Qué opinaba don Ricardo de los tiempos presentes y futuros?

-Era un vitalista. Sentía horror al pasado, aunque lo asumía, como todos nosotros. Aquí, donde ve a estos viejos locos y nostálgicos, todos juntos sumamos toda la desgracia de una guerra perdida: cárceles, vejaciones, miseria, exilio. Para nosotros es un milagro que salga el sol todavía o llueva o que podamos acariciar a un nieto. Tal vez por eso amamos tanto el presente y el futuro, y el pasado sea para nosotros, en el mejor de los casos, el recuerdo de la juventud y, en el peor, toda la tragedia de la guerra. Don Ricardo, en este aspecto, era uno más.

-Por lo que sé, usted era íntimo amigo suyo desde entonces.

-En efecto, hicimos juntos la campaña del Ebro.

-En la misma compañía.

-Sí.

-El comportamiento de don Ricardo como militar republicano, ¿fue siempre correcto? Porque creo que usted era su comisario político.

Pestañea el viejo. Parece vacilar. Coge con una mano un brazo de Carvalho, lo aprieta como si quisiera subrayar lo que va a decir.

-Mire. Es verdad. Yo era comisario político de la compañía. Pero no me lo vuelva usted a decir porque cada vez que lo oigo me llevo un susto... y aún no me he recuperado del susto de lo del 23 de febrero, el de Tejero.

-¿Qué le comentó a usted don Ricardo a propósito de aquel golpe?

-Fíjese lo que son las cosas. La misma noche yo le telefoneé a su casa del Ensanche y hablé media hora con él. Estaba tan asustado como yo. Volví a llamarle cuando el discurso del rey, para tranquilizarle y tranquilizarme, pero ya no me contestó. Yo pensé que estaba durmiendo, aunque me extrañó porque era un hombre insomne y no era una noche para dormir. Ya no volví a verle ni a oírle. Al parecer se puso enfermo entonces, aquel día o al siguiente, y se lo llevaron sus hijos. A veces he pensado que se puso malo por culpa del golpe de Tejero. Fue la única víctima de Tejero.

Teresa Álvarez había conseguido que su minifalda pareciera una funda para las bragas.

-Es usted una adelantada de la minifalda. Cuando se puso de moda la minifalda usted era una niña.

-Muchas gracias, pero ya casi había dejado de serlo. Supongo que tendrá algo más interesante que contarme.

-En efecto. Ayer no pude hacerle un balance de la investigación. Ante todo, en el piso donde su abuelo vivía regularmente no hay la menor huella que indique que estaba habitado por un enfermo. Por ejemplo, en el botiquín había aspirinas y una caja de Ziloric, unas pastillas preventivas de los ataques de gota, enfermedad perfectamente domesticada, por otra parte. Ni siquiera he advertido la existencia de un orinal de teja, indispensable para un anciano obligado a guardar cama. Nada. Y tanto su padre como su tía me han comentado que no han tocado nada. Ni su ropa. Luego, después de un largo viaje en el que he comprobado la infinita misericordia de Dios permitiendo que existan personas tan irrelevantes como su padre y su señora tía, hemos llegado a la masía. He de decirle que su abuelo tuvo ocasión de estar en una habitación semisecreta donde escribió sobre la pared parte del mensaje que reproduce la nota del reloj. Curiosamente, dentro de esa habitación hay una serie de objetos valiosos como un televisor, aparatos de radio, cuberterías buenas, cuadros y un modesto infiernillo de alcohol y una pequeña estufa eléctrica. O la tacañería de su tía ante los posibles ladrones es infinita o esos miserables objetos cumplen o han cumplido una función. En cambio he advertido que su tía ha dejado una horrible cama portátil en una de las mejores habitaciones de la casa, cuando lo más lógico es que estuviera haciendo compañía al infiernillo y a la estufa en la habitación secreta.

-¿Conclusión?

-No es eso todo. He observado que su tía posee una excelente discoteca y una impresionante instalación para la audición en cualquier punto de la casa. Por un momento incluso he llegado a creer que la instalación se introducía en la habitación secreta, pero... Pero aunque se había hecho el agujero para que penetraran en la habitación, los cables se habían quedado allí detenidos, protegidos por una cinta aislante nuevecita, como si la prohibición de entrar fuera reciente.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Que esos cables han sido cortados hace poco y que desde dentro de la habitación aún se ve en la pared el círculo que ocupaba un amplificador hoy desaparecido.

-Conclusión.

-Me recuerda usted un manual de Historia de España que leí en mi juventud, escrito por un comunista catalán empeñado en hacer resúmenes al acabar cada capítulo. Todos los capítulos terminaban igual: Bref... tararí tarará... El libro estaba escrito en francés.

-Repito. Conclusión.

-¿Ha probado usted a no maquillarse? Yo de usted me quitaría la minifalda y el maquillaje, me parecen pretextos.

-¿Ahora?

-¿Le parece un mal momento?

-¿Podría anticiparme una conclusión?

-Su abuelo sin duda fue metido en la habitación secreta y allí vivió, no sé cuánto tiempo. Se le metió con ánimo de que sobreviviera, si no, no se explica el detalle del infiernillo y la estufa. Cabe preguntarse si esto se hizo para protegerle o para qué. Por más metido que estuviera en política no creo que fuera un hombre amenazado.

-Últimamente se había obsesionado con la idea de un golpe de estado. Se excitaba imaginando la posibilidad de que todo volviera a empezar. De tener que pasar por otra experiencia fascista.

-Alguien dijo: lo peor que puede ocurrirle a alguien que tiene manía persecutoria es que le persigan de verdad. De eso quisiera hablarle. He comprobado las fechas a partir de una observación que me ha hecho un amigo de su abuelo. La noche en que se puso enfermo fue la del 23 al 24 de febrero. ¿Le dice a usted algo?

-No.

-Ustedes, los jóvenes, no necesitan memoria histórica. Apenas han pasado dos meses y ya ha olvidado lo del 23 de febrero, el golpe de Tejero.

-¡Ah, sí! Estaba en Australia y lo vi en vídeo. Pero desde Australia daba risa. Cuando vi aparecer al guardia civil aquel en las Cortes, mire, me vino un ataque de risa y no podía parar. Y los compañeros australianos que me rodeaban también.

-A su abuelo no debió de hacerle mucha gracia.

-Ni a mí, si hubiera estado aquí.

-He de volver a esa casa de campo del Ampurdán. Las cosas hablan.

-Me arrepiento de haberme reído de lo del 23 de febrero. ¿Me perdona?

-Soy apolítico.

-Es usted un hombre sin apetitos ni obsesiones.

-Tengo de lo uno y de lo otro.

-¿Por ejemplo?

Carvalho corrió hacia abajo la cremallera de la falda y cayó el teloncillo para dejar a la vista unas bragas que parecían un fragmento de espuma sobre sombras de carne y vegetaciones humedecidas. Teresa se sacó el jersey por encima de los hombros y dos pechos como obuses salieron al encuentro de Carvalho con toda la ambigüedad de la agresión rendida. Carvalho se puso tras la muchacha, se apoderó de sus pechos y la empujó hacia el lavabo, donde la ayudó a quitarse el maquillaje.

Era un motivo secundario, pero sin duda le ayudó a emprender el viaje y a superar la pereza mental representada en aquella cuesta arriba de ciento treinta kilómetros entre Barcelona y San Miguel. Apenas desviándose veinte kilómetros podía ir a cenar al Cypselle de Palafrugell un *arrós negre* de pescados, caldosillo, arroz pardo por la cebolla quemada y triturada, pan tostado con tomate y anchoas, las exquisitas albondiguillas de carne de cerdo y gamba con calamares, y de paso apalabrar con el dueño del restaurante un *Niu* para dos semanas después. Les había prometido a Fuster y a Charo invitarles a aquel guisote, y en la urdimbre del comistrajo pasó el tiempo que siguió al café, la copa de aguardiente de frambuesa y el puro Cerdán, mientras esperaba el límite de las once para acercarse a la masía de los Álvarez de Enterría.

-He conseguido tripas de bacalao de Italia y *peixopalo* Dios sabe dónde. Puedo hacer *Niu* todos los fines de semana de lo que queda de abril. Después ya hace demasiado calor.

-Cuente con tres comensales sin piedad y sin escrúpulos.

Tenía andares de fiesta cuando, una vez aparcado el coche en la carretera marginal que une Cruilles con el villorrio de San Miguel, cogió el camino hacia la casa.

Noche cerrada sobre la vieja masía ampurdanesa. Una linterna ilumina bruscamente la cerradura y una mano introduce una ganzúa por la ranura. Prueba, vuelve a hacerlo, forcejea con cierta destreza, finalmente consigue abrir la puerta. La linterna se abre camino por el interior de la casa, merodea, vacila el haz de luz y finalmente se decide por un recorrido metódico que secundan las manos abriendo cajones, fijándose en detalles del mobiliario, siguiendo de nuevo la huella de los tendidos eléctricos nuevos, registrando otra vez meticulosamente el cuarto trastero, los libros, uno por uno, por si entre sus páginas habitase el secreto. Finalmente el portador de la linterna se introduce en la estancia de la ventana enrejada que da al camino, la linterna va arrancando partes de la habitación a la oscuridad y de pronto enmarca la ventana, donde aparece un rostro enorme, con lentes oceánicos, como pegado al cristal. La linterna se concentra en la ventana. Su portador avanza hacia ella y, a medida que avanza, el rostro del gigante rubicundo va haciéndose más preciso, diríase que está enganchado materialmente a las rejas, no se mueve, parece no respirar. La otra mano del portador de la linterna abre la ventana. El rostro del gigante rubicundo duda, los ojos parpadean ante la agresión de la luz de la linterna.

-¿Carvalho? -pregunta el rostro, ahora semicubierto por un antebrazo.

-Sí -contesta el portador de la linterna e ilumina su propio rostro para dejar constancia de la identidad.

-¿Buscaba algo? ¿Buscaba esto?

El gigante rubicundo le tiende un objeto, una cajita, una cinta magnetofónica.

-¿Es sólo para mí? ¿Usted ya la ha oído? -La he oído.

-¿Y?

-Quiero que usted saque conclusiones por su cuenta. Yo he renunciado a tomar decisiones complicadas. -¿Dónde la ha encontrado?

-Será lo último que le diré. El día antes de su venida con los hermanos, ella estuvo aquí.

-¿De quién habla?

-De ella. De doña Jacinta. Estuvo aquí haciendo limpieza. La vi cuando estaba buscando espárragos y me sorprendió verla tan atareada. Normalmente deja las bolsas de la basura en el camino central del pueblo para que las recoja el basurero que pasa cuando le da la gana. Pero esta vez amontonó una serie de cosas dentro de un capazo que queda en el jardín, bajo un porche de brezo. Cada mañana, cuando llega el jardinero, que también les cuida el huerto, quema lo que hay en ese capazo.

-Y usted se adelantó.

-Me adelanté.

-¿Y valió la pena?

-Usted juzgará.

-No va a ganar nada a cambio.

-Lo que gane es cosa mía. He renunciado a todo menos a mi propia estimación.

-Usted es de esos imbéciles que estarían incluso dispuestos a militar en un bando perdedor, a sabiendas de que es un bando perdedor.

-Los vencedores suelen ser repugnantes.

-¿He de seguir buscando?

-Yo creo que no. Creo que en la cinta está todo lo que puede desear.

Escuchó la cinta siete veces a lo largo del día. Cada una de las audiciones le sugería nuevos elementos para la misma escena inicial, la que se había representado en su imaginación tras la primera audición. Nada más terminarla, empuñó el teléfono y concretó las citas del día siguiente: Teresa, su padre, su tía. Debía de ser muy taxativo el tono de su voz, porque doña Jacinta sólo dijo tres impertinencias y se avino al encuentro. En cuanto a don Felipe, apenas si le salía la voz del cuerpo. Pero una vez la escena final estuvo programada y concertada, Carvalho volvió a conectar el aparato, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces más. Era un caso digno de figurar en la historia de la crueldad y al mismo tiempo una prueba de que la crueldad puede ser histórica. Sin entender la historia de España, aquella cinta podía parecer simplemente el resto de los efectos especiales de un mal guión cinematográfico sobre barbaries abstractas. La historia de España y la de don Ricardo dentro de ella le daban un sentido espeluznante. Invitó a Fuster a escuchar la cinta en la soledad nocturna de Vallvidrera y le improvisó una cena de circunstancias: un arroz con alcachofas y azafrán y un pollo agridulce con salsa de anchoas. Fuster escuchaba mesándose el lugar donde había llevado una barbita de chivo durante varios años y, de vez en cuando, le expresaba su repugnancia guiñando todas las facciones que le cabían en la cara.

-¡Qué miserables!

Pero la repetición de la cinta le permitió quemar en una noche todos los estados de ánimo, de la repugnancia a la indignación, y acudió a la cita del día siguiente como un inspector de pieza de teatro de Agatha Christie, con las revelaciones y los mutis medidos por un cronómetro mental que sólo conocen los mejores dramaturgos. La escena que encontró no le defraudó. Teresa permanecía en un ángulo de la habitación, con una cadera situada bajo un cuadro de Sunyer y el codo y la cara sobre un facistol de madera repujada. Don Felipe tenía los pulgares en los bolsillos del chaleco y miraba a Carvalho con la curiosidad con que los reyes de Francia observaron a los primeros miembros del Estado llano que se les pusieron a tiro. A su lado, una distinguida esposa de nota de sociedad de *Hola* años cincuenta trataba de convencerse a sí misma de que la reunión tenía por objetivo intercambiar opiniones sobre el previsible divorcio de Carolina de Mónaco. En cambio Jacinta miraba a Carvalho a la defensiva, previendo un asalto feroz contra su seguridad. En cuanto la mujer de don Felipe repitió por cuarta vez que Carolina de Mónaco tenía aspecto de peluquera guapa, Carvalho, tal vez molesto por lo mucho que había querido a la madre de la princesa, decidió terminar la tregua y se encaró con don Felipe.

-Ustedes secuestraron a su padre y le llevaron a la masía de San Miguel de Cruilles. Le encerraron en la habitación de seguridad y le tuvieron allí hasta que murió.

Don Felipe miró a su hermana. El terror había achicado sus facciones y las había convertido en las de cualquier guillotinado por orden de Luis XX de Francia. La risa de doña Jacinta fue más un mensaje dirigido a su hermano que una provocación hacia Carvalho. *¿Qué dice este hombre?* Fue lo único que se le ocurrió a la calumniadora de Carolina de Mónaco. Carvalho miró las piernas largas de Teresa como buscando un punto de apoyo para mover el mundo y se lanzó al ruedo.

-Practicaron toda clase de ruindades para provocarle el ataque al corazón. La casa de San Miguel está llena de pruebas. Permítanme que abuse del empleo de la palabra, pero lo sucedido requiere algunas explicaciones. Para empezar, usted, don Felipe, está en las últimas, económicamente hablando. Ha perdido todo lo que le quedaba en los agujeros de los campos de golf, como esos bolsillos agujereados de los pantalones por los que se caen las monedas de oro. No es mucho mejor su estado económico, señora. Ninguno de los dos ha heredado el sentido de la austeridad de su padre y necesitaban esa herencia de su madre que don Ricardo respetaba pero no repartía. Fue su único error. No darse cuenta de la clase de víboras que tenía por hijos. Una serie de factores providenciales los fueron conduciendo al plan, supongo que más a usted, señora, que a su hermano. Su hermano me parece incapaz de cualquier cosa que no sea darle a una pobre pelotita con un palo estúpido diseñado con pretensiones de singularidad. El primer factor fue la soledad de don Ricardo, acentuada por la marcha de su nieta. El segundo factor, su excitación, a medida que la vida política española se iba enturbiando desde comienzos de año. Y de pronto se produjo el golpe de estado del 23 de febrero. Primero, sin duda, surgió la propuesta espontánea de esconderle, no fueran a complicarse las cosas. Una vez hecha la sugerencia, las posibilidades de aquella circunstancia fueron madurando. El viejo que ustedes llevaron a su casa de San Miguel era un pobre hombre acorralado por la historia, abrumado por los fantasmas que resucitaban, muerto de miedo, irracionalmente muerto de miedo... Ignoro si se dio cuenta finalmente de la conjura. La nota que dejó para su nieta es ambigua. ¿Quiénes son esos que no podrán con él? ¿El fascismo? ¿Ustedes? Le provocaron una situación de angustia y amenaza que no pudo resistir. Le sometieron a una agonía de siete días que debió de ser psicológicamente espantosa. Practicaron toda clase de ruindades para provocarle un ataque al corazón. No hablo por hablar. Traigo una prueba definitiva y la casa de San Miguel está llena de pruebas complementarias, no se asombre, señora, podrá comprobarlo, que en su estupidez no destruyeron. En estos momentos la policía está allí haciendo una minuciosa investigación.

-¡Imbécil!

Escupió don Felipe hacia su hermana.

-¿Imbécil, yo? ¡Inútil! ¡Más que inútil!

Doña Jacinta abofeteó a su hermano. La mujer del abofeteado se llevó una mano a la boca, miró a su despectiva hija, exclamó un oh sofocado y preguntó a su marido:

-¿Te has fijado qué bofetada te ha dado tu hermana? ¿Qué pasa, Felipe?

Felipe había cogido a su hermana por un labio y por una teta y trataba de romperla en pedazos, mientras ella buscaba con los dientes la mano que le desgarraba la cara. Carvalho pegó un puñetazo en el hígado al hombre y otro en los ríñones a la mujer. Se derrumbaron los dos sobre sendos sillones y al rato, entre sollozos y reproches, fueron completando la historia de un secuestro y de una luz de gas a cuya penumbra se rompió de cansancio o de asco el pobre corazón del viejo coronel republicano. Mientras tanto, Carvalho ha sacado un magnetófono de bolsillo y pone en él la cinta que le entregara el gigante. Es una grabación de himnos nazis y franquistas, y ruido de botas, la pregunta grabada en voz enérgica: *¿Vive aquí Ricardo Álvarez de Enterría? Venimos a buscarle. No se resistan.* Mientras el hermano va contando la historia, la imagen del pobre don Ricardo llega a alcanzar una cierta corporeidad en el salón, como si él mismo estuviera reviviendo su agonía.

-Fue idea de ella. Le dijimos que debido al golpe de estado tenía que esconderse. Le sacamos de Barcelona a las cuatro de la madrugada y le metimos en aquella habitación. Durante varios días le pusimos música militar y discursos, declaraciones que mi cuñado tenía grabadas desde los años cuarenta. Ella me obligó a que me pusiera botas y fingiera registros por la casa. Sólo ella se comunicaba con él en la habitación y no sé lo que le decía, yo no le vi nunca hasta que murió y tuve que ayudarla a trasladarle a la cama.

-Ahora resultará que todo lo hice yo, que todo lo pensé yo. ¿De quién fue la idea de grabar la pregunta: *¿Vive aquí Ricardo Álvarez? Venimos a buscarle. No se resistan.* Y repetirlo, repetirlo, hasta que él se retorcía muerto de miedo. ¿De quién fue la idea?

-¿No tuvieron ninguna clase de piedad, ni de respeto o de remordimiento?

-Yo no quería hacerlo.

-Calla, llorón. ¿Piedad, respeto, remordimiento? ¿Sabe qué me contestó un día cuando yo le eché en cara que hubiera preferido la política a su mujer y a sus hijos? Me contestó: lo único que siento es haberos añorado. Si hubiera llegado a adivinar que seríais como sois habría estado más satisfecho de mí mismo.

Vuelven a golpearse histéricamente el hermano y la hermana y a lanzar gritos impotentes la cuñada. Teresa parecía tener prisa por escapar de aquella cueva llena de alimañas que se mordían con las palabras, los ojos y las manos. Carvalho la siguió a dos pasos de distancia hasta que ella se detuvo para respirar a pleno pulmón. Apenas iba maquillada.

-No es cierto que la policía esté a estas horas en San Miguel. Lo he dicho para impresionarlos. He escrito una relación de todas las pruebas residuales que complementan la cinta grabada.

-¿Por qué no ha avisado a la policía?

-La justicia tiene su lógica. Yo tengo la mía. Yo entrego mis conclusiones a un cliente. Le empaqueto una porción de verdad y se la doy. Me ha pagado por ella. Él la administra como quiere.

-Me traspasa la decisión de sancionarlos.

-Así es.

-Son unos miserables.

-¿Qué va a hacer con ellos? Son suyos.

-Me lo pensaré.

-Su abuelo era un gran tipo. De la penúltima hornada que empleó el sentimiento como herramienta para saber y creer. Seguro que le gustaba comer bien.

-Seguro. Me contó que cuando se escondió en los años cuarenta aprendió a hacer escabeches sin guisar, por el simple procedimiento de macerar en vinagre, aceite, especias, hierbas aromáticas. ¿Ha probado usted el escabeche de pajel?

-Lo intuyo como si lo hubiera probado.

-Creo que mi abuelo conservaba las recetas en un libro de su biblioteca. Tendré que revisarlo uno a uno. ¿No le tienta ayudarme en esta tarea?

-Ha hecho usted lo que hacían algunas doncellas imprudentes en presencia de Drácula. Le enseñaban el cuello. Yo no leo libros. Los quemo.

Pero no resiste la oferta perpleja que permanece en la cara de la muchacha.

-Pero por tratarse de usted y, sin que sirva de precedente, haré una excepción.